

TINTA PARA LA MEMORIA



Grupo Buscando a Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas Veracruz
POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA



TINTA PARA LA MEMORIA

TINTA PARA LA MEMORIA

Grupo Buscando a Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas Veracruz

POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Calle José Alvarado 12, Colonia Roma Norte, Cuauhtémoc, Ciudad de México.

Tel: +52-55-5264 1514/ 2894

<http://www.mx.boell.org>

TINTA PARA LA MEMORIA

Primera edición: Diciembre 2020

ISBN: 978-607-99066-6-5

COORDINADORES | Jorge Verástegui González y Alicia Cuevas García

DISEÑO EDITORIAL, COLLAGE DIGITAL Y VIÑETAS | Marília Castillejos Meléndrez

PORTADA | Alfredo López Csanova y Marília Castillejos Meléndrez

CORRECCIÓN DE ESTILO | Antonio Campos Domínguez

DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL CIUDAD DE MÉXICO - MÉXICO Y EL CARIBE
Dr. Dawid Danilo Bartelt

El análisis, testimonios, información, comentarios, y opiniones expresadas en este libro, así como la identidad y nombres manejados, son responsabilidad de los coordinadores.



Obra bajo licencia de Creative Commons

Usted es libre de: Compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones siguientes:

- Atribución -Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
- No Comercial -No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas -No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

ÍNDICE

Parte I

II PRESENTACIÓN

15 PRÓLOGO

18 Martín Aguilar Guevara

24 Guillermo Muñoz Roa

32 Ivonne Amador Espíritu e Iriana Yset Luna Espíritu

42 Xóchitl Celeste Castañeda Hernández

Memoria

Parte II

62 Rafael Espinosa Gutiérrez

70 Cirilo Manolo y Mario Alberto de Ocampo Contreras

76 Aristeo Hernández Facundo

80 Margarito Díaz Fuentes

83 Jorge Barrera Fernández

86 Marco Ernesto Hernández Ortiz

88 Alfredo Hernández Abaroa

90 José Manuel Hernández Ortiz

92 Luis Alberto Torres Castillo

96 Julián Rosado Domínguez

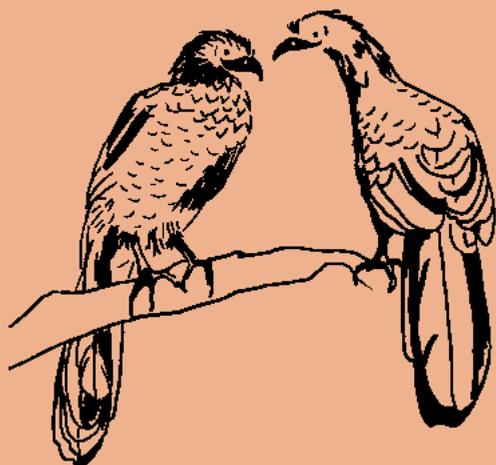
98 José Miguel Ángel Rodríguez Hernández

102 Jorge Daniel Sierra Arreola

104 Carmelo Cervantes de Anda



Para mirarte de nuevo, mis recuerdos;
para encontrarte, mi búsqueda.



PRESENTACIÓN

Este libro es producto de un acto de amor hacia las personas desaparecidas en el estado de Veracruz, un homenaje a sus vidas, al cariño que ofrecieron a sus familiares y amigos. Las personas que hoy les buscan desean tener una memoria impresa que dé cuenta de sus seres queridos, para darla a conocer a la sociedad en la que viven. Vale la pena recordar que estos hombres y mujeres desaparecidos y sus familiares son parte fundamental de nuestro país. *Tinta para la memoria* acoge siete relatos de personas que están desaparecidas desde hace tiempo, además de doce cartas y dos poemas que padres, hermanos e hijos escribieron para los seres que no están hoy con ellos. Los escritos que se presentan corresponden a 19 personas víctimas de desaparición en diversos municipios del estado de Veracruz entre 2010 y 2018. Seis de los siete relatos que abren este libro son fruto de entrevistas realizadas entre 2018 y 2019 con integrantes del grupo *Buscando a nuestros desaparecidos y desaparecidas Veracruz, por la verdad y la justicia*. El séptimo es un escrito biográfico sobre un maestro también desaparecido en el estado.

El 10 de mayo de 2018, las madres de varios colectivos de búsqueda de la región de Xalapa marcharon bajo el lema “Nada que celebrar”, del panteón de Palo Verde, en la avenida 20 de Noviembre, al monumento a la madre en la avenida Ávila Camacho de la capital del estado de Veracruz para exigir justicia, verdad y presentación con vida de sus hijos e hijas. Ese día conversé con varios integrantes del grupo *Buscando* sobre la

posibilidad de recabar algunas historias de las personas a las que buscan y días después asistimos en Xalapa a la presentación del libro de un colectivo de desaparecidos de Coahuila, *Memoria de un corazón ausente*, que coordinó Jorge Verástegui González, acto que consolidó la idea de un libro propio. Jorge nos compartió su experiencia y nos sugirió rutas por las cuales empezar a trabajar. Desde ese momento, su acompañamiento fue crucial para nuestra tarea, así como la decisión de la Fundación Heinrich Böll de publicar este libro.

El grupo *Buscando a Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas Veracruz* se formó en abril de 2016 en la ciudad de Xalapa y, en la actualidad, reúne a familiares de alrededor de 30 personas desaparecidas en el estado de Veracruz. Desde 2012, ha sido primordial la labor de acompañamiento que Marcela Flores Dionicio y Anaís Palacios Pérez han brindado, desde el ámbito de la defensa de los derechos humanos, a los familiares que años después formarían este grupo. Así también es importante recordar al compañero Abirám Hernández Fernández, quien lamentablemente fuera asesinado en 2019, pero que durante muchos años brindó de manera individual su apoyo incondicional a los familiares de desaparecidos de este y otros grupos. A partir de 2018, el compañero Oscar Espino Vázquez se ha incorporado a labores de búsqueda y asesoría jurídica.

Tinta para la memoria pretende rescatar en vida a las personas que nos hacen falta; porque nos hacen falta a todos, no solamente a sus familiares y amigos. La violencia que ha vivido nuestro país en la última década ha vulnerado nuestra convivencia social. A este México le duelen sus desaparecidos, a pesar de que mucha gente evada enterarse con detalle de esta situación, por ser una realidad tan dolorosa que muchos prefieren alejar de su pensamiento. La desaparición de un ser querido es una de las grietas más sensibles y dolorosas que puede tener una persona en su interior.

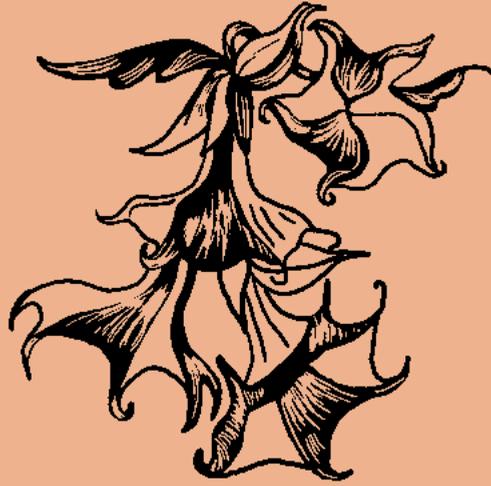
Cada entrevista fue sumamente distinta, a pesar de que el punto de partida consistió en una serie de preguntas que previamente se acordó con el grupo *Buscando...* Lo cierto es que cada encuentro caminó por su propio rumbo y fue clave respetarlo. El libro refleja una amplia diversidad de voces y formas particulares de recordar a sus desaparecidos; lo que tal vez sea su mayor riqueza. Desde un inicio tuve la certeza de que, si bien es doloroso hablar de las personas que no están en este momento con

sus familiares y amigos, más doloroso se vuelve no recordarlos. Antonieta Muñoz Roa me lo confirmó en su entrevista: “El nombrar a esa persona sí te entristece y te duele, pero es más terrible que no se le nombre”.

Los relatos se construyeron con extractos de lo que cada familiar entrevistado platicó sobre la historia de sus seres queridos que les fueron arrebatados. Hubo un trabajo de selección e ilación, pero en lo fundamental, son las voces de quienes intentan rescatarles de cualquier posibilidad de olvido. Su esfuerzo es buscarles en vida y rescatarles en estos relatos a fin de compartir con las y los lectores que estas personas formaron y forman parte de lo que ellos son en este mundo. Los hijos, hermanos, hermanas y padres o madres desaparecidos constituyen un eslabón fundamental de la historia de sus familiares. No hay forma de borrarlos.

Las doce cartas y los dos poemas de familiares directos de las personas desaparecidas son voces que pretenden alcanzar a su ser querido. Permitámosles hablar de ellos, escuchémosles. El dolor de estas personas también es parte de nuestras vidas, producto de la realidad tan convulsa que ha vivido nuestro país en los últimos años. Cada una de las personas a las que se recuerda es muy distinta, pero a la vez tiene algo en común con cualquiera de nosotros: son seres humanos con una historia personal, cualquiera que ésta sea. Las personas desaparecidas son extremadamente valiosas para cada uno de sus familiares y las queremos de regreso.

ALICIA CUEVAS



PRÓLOGO

La tinta ha servido para plasmar, por medio de la escritura o el dibujo, el pensamiento o la experiencia de las personas. La tinta, como la memoria, nos ayuda a mantener lo vivido en nuestro presente. Es un instrumento que permite a nuestros recuerdos no perderse en el abismo del olvido, y también es una herramienta que sirve para luchar contra la desaparición de un ser querido, trayéndole de regreso no sólo a la memoria o al recuerdo de la intimidad familiar, sino llevándolo a lugares públicos en los que se le convoca a través de su nombre o con imágenes de su rostro.

En *Tinta para la memoria* podemos encontrar la esencia de lo que significa la memoria para algunos y algunas familiares de personas desaparecidas. Observamos cómo se convierte en el motor de la búsqueda y esta, a su vez, en la reafirmación del vínculo entre dos personas: la que no está y la que busca. Las narraciones de las familias son la tinta que escribe la vida de las personas que han sido desaparecidas y que permite su configuración en un presente donde la desaparición intenta borrarlas.

El relato de cada familiar genera un retrato para la persona lectora que le permite conocer al ser querido de la o el autor. *Tinta para la memoria* también es la puerta a la intimidad que representan las memorias de quienes vivieron y compartieron esa historia. Es un objeto que se transforma en el espacio donde transcurren tantas vidas, en el que las emociones pintan las escenas descritas. Son narraciones en las que se perciben los matices de una vida común y corriente.

Las y los familiares tropiezan con los tiempos verbales: no saben cuándo utilizar el pasado en una oración sin que esto represente olvido, lejanía o muerte, sino sólo el paso del tiempo. Atravesados todos con la constante esperanza de volverles a ver, de tenerles de regreso en casa y llenar esos espacios, esos lugares comunes que hoy están vacíos. También es una reivindicación de esos recuerdos, que en las familias están censurados por temor a convocar el dolor que les asecha implacable.

El dialogo entre Tere y Leoni sobre su hermano Martín Aguilar Guevara nos permite conocer el gusto que tenía por manejar o por ayudar a las demás personas sin pedir nada a cambio. Así mismo, podemos ver ese constante conflicto con los tiempos verbales cuando Tere comenta: “Él hacía figuras con madera, ¿no?”, para que después Leoni corrija: “Hace”. Su relato nos deja ver la complejidad que implica tener un familiar desaparecido, los constantes comentarios a los que se tienen que enfrentar como familiares y las dinámicas que han cambiado en su vida social.

En *Tinta para la memoria* podemos palpar las complejidades que viven las familias, es una visión de lo cotidiano, no de una imagen prefabricada de una víctima perfecta. Se trata de relatos que sirven como un espejo en los que se ven los reflejos de nuestra familia, de una vida, como la de Yolanda y Rosalba, que nos narran la vida de Ivonne Amador Espíritu e Iriana Yset Luna Espíritu. El esfuerzo que representa sacar adelante a una familia y la trágica comparación del extravío de Ivonne con su actual desaparición. Dice Yolanda ahora: “Cuando Ivonne era pequeña se me perdió y la encontré, ahora todavía no lo logro.”

Tinta para la memoria está conformado por relatos, cartas que las y los familiares han escrito a su ser querido, y dos poemas. En estas cartas, cada persona dirige un mensaje desde su corazón a cada uno de sus familiares, en el que podemos sentir la ausencia que ha dejado la desaparición. Pero también encontramos mensajes con otra profundidad, como el de Jimena Alizeé, en el cual le describe a su mamá, Xóchitl Celeste Castañeda Hernández, cómo es su vida ahora. ¿De qué manera entender cuando le dice: “Tus hermanas nos intentan criar como sus hijas y tu mamá se preocupa mucho por nosotras”? La lectura de este texto construye un lugar en el que la persona lectora puede percibir esos puntos de encuentro, ya no sólo de la persona que fue desaparecida con la que le busca, sino con la que lee sus historias.

Las historias que integran *Tinta para la memoria* permiten subvertir la narrativa de muerte por una narrativa de vida, de una espera activa que se articula como un ritual en el que se llama a la persona que físicamente está desaparecida, pero que por medio de este ritual se hace presente. Es una acción que, a pesar de ser subjetiva, se convierte en política y se enfrenta a un aparato social y de Estado. Es una lucha contra la condena del olvido.

Para leer estas historias se requiere valor, pero no por tratarse de historias dramáticas, aterradoras, o que puedan acusarse de sensacionalistas, sino por ser historias que se construyen desde el amor incondicional. Se necesita valor porque contienen una potencia que estremece a quien las lea. Estas historias se configuran como un sitio que se erige con los recuerdos, las emociones y las pasiones de las familias.

Bienvenidas todas las personas que se adentran al recuerdo, al corazón abierto y desgarrado de estas familias, a leer lo que se ha escrito con esta *Tinta para la memoria*.

JORGE VERÁSTEGUI GONZÁLEZ



Martin Aguilar Guevara

María Teresa Aguilar Guevara
y Leonila Aguilar Guevara

Somos nueve integrantes, más mi papá; mi mamá ya falleció -dice Tere-. Cinco mujeres y cuatro varones. Martín es el número seis de los hijos. Él, cuando dejó de estar con nosotros, tenía 41 años. Yo voy detrás de él, pues soy dos años más chica. Convivimos mucho en Mesa de Guadalupe, un pueblo como a una hora de Xalapa, donde jugábamos a diferentes cosas, como las de antes: jugábamos con ligas, con canicas, a buscar frutas e insectos en el monte. Martín y yo le llevábamos la comida a mi papá, yo siempre lo acompañaba, íbamos juntos..

Nos divertíamos mucho cuando llovía. Corríamos, nos metíamos a las pozas. Solían regañarnos porque llegábamos todos batidos de lodo y tierra. Cuando era chiquillo, a Martín le gustaba mucho cazar pajaritos y andar. Él era mucho de que, cuando llegaba a la casa, tenía que salir a buscar amigos. Viajábamos juntos a Xalapa cuando teníamos 8 o 10 años, nos mandaba mi papá y aprovechábamos para ver a Leoni (otra hermana). Si yo salía a un mandado, Martín venía conmigo.

Casi siempre estuvimos del mismo tamaño. Nos veníamos caminando por toda la vía del tren, en la 21 de marzo, de la mano. Él y yo. Todo nos impresionaba. Veníamos de allá, con encargos, con bolsas. Y llegábamos a casa de Leoni, quien siempre nos esperaba.

Cuando íbamos al monte o al campo, él no les tenía miedo a las víboras. Recuerdo una vez, muy clarito, que caminábamos tomados de la mano -porque así me cuidaba-, cuando me dice: “ven a ver”. Sí, le contesté. Párate aquí -y señaló un árbol-. Sí -contesté de nuevo-. Ahora sí, ya puedes voltear hacia arriba. Sí. Y veo, y estaba una voladora, que no sé

cuántos kilos pesaba. Una víbora enorme, ahí en el árbol, en una rama. Tengo mucho esa imagen. A él no le daba miedo nada. Entonces, yo me quedé impactada. Y él sale corriendo y se carcajea.

A pesar de que era *andariegüito* desde pequeño, mi mamá lo tenía muy chiqueado. Nadaba, le encantaba nadar. En las pozas, ahí en el pueblo, en el río, donde fuera. A él le gustaba mucho nadar. No le gustó mucho la escuela. Terminó creo la primaria nada más. Yo conviví con él como hasta los 16, 17 años. Porque ya de ahí, yo me vine para Xalapa. Martín se quedó en el pueblo. Él hacía ya sus actividades. De hecho, se fue a los Estados Unidos a sus 18 años. De ilegal, sólo. Estuvo como dos años; se enfermó muy fuerte allá. Tuvo una enfermedad que nunca supimos qué fue. Le tuvieron que poner una manguera. Por ahí le pasaban los alimentos. Pero salió y se regresó. La que lo atendió fue mi mamá. Después, salió adelante e hizo su vida acá.

Recuerdo que también era muy celoso, con todas, no nada más conmigo. Muy celoso con las hermanas. En particular me reportaba con mi mamá si iba yo a un baile. Y venía y le decía con quién bailaba yo.



De niño se le iban los pajaritos y los perseguía de un árbol a otro, recuerda Leoni, hermana mayor de Tere y Martín. Pero siempre andaba alrededor de la casa, que era como una cuadrita pequeña: tres casas juntas, rodeadas de árboles en la parte de atrás. Eso fue durante un tiempo, después ya andaba en la calle, en la escuela. Siempre nos llenaba la casa de chiquillos. Y, ¡ay, Dios mío santo! ¿De dónde sacas tantos chamacos? Esa era la diferencia con mis otros hermanos, menciona Tere. A los otros les gustaba mucho ver la tele, pero a Martín no. Él prefería salirse a jugar con un amigo. Jugaban al resorte o con los trompos; y era muy tranquilo, nunca peleaba, dice Leoni. No era peleonero, reafirma Tere. Después de Martín seguía yo, seguida de Lupe, Toño. La diferencia es que somos más chicos y éramos inaguantables. Éramos unos pelados.

Cuando comíamos todos juntos en la mesa, nos pateábamos uno al otro por debajo. Pero Martín no, nunca peleaba; era buena gente, tranquilo. No era *picón*, dice Leoni. En cambio, mis hermanos Lupe y Toño, sí que lo eran, recuerda Tere. A Martín lo quería mucho mi mamá. Ella se hubiera

muerto otra vez si hubiera vivido esta situación. Mi mamá falleció en el 2008, dice Leoni. Es más, cuando murió mi mamá, quedó con él agarrada de la mano, con Martín. Estaba aquí en el hospital y Martín la acompañaba cuando pasó. Falleció tomada de la mano de Martín.

Martín aprendió a manejar después de mucho tiempo, cuenta Tere. Le encantaba manejar carros. Lo de él era el volante. Y la moto también, señala Leoni. Hasta trabajaba de chofer. Lo contrataban mucho para llevar mercancía a otros estados, dice Tere. Pero a él le encantaba manejar. Disfrutaba mucho ir a la playa. Como a los 34 años se casó y tiene un niño que se llama Alexander, que tiene cinco años. Cuando Martín desapareció, su hijo tenía tres. Es posible que Alexander ya no se acuerde de su papá, y eso nos da mucha tristeza.



Hubo una temporada durante la cual a Martín le encantó el fútbol, recuerda Leoni. Pasó el tiempo y se casó, fue entonces que comenzó a trabajar un taxi. Ese fue su último trabajo. Preferimos no asegurar nada, pero pensamos que quizá por ahí le llegó lo que le llegó, aunque nadie sabe muy bien qué fue. Mi hermano era muy guapo, tenía muchas pretendientes, asegura Leoni mientras busca una foto de su hermano en el celular. Tenía la nariz fina, y también sus demás facciones. Sus ojos chillones y las cejas caídas, además de que era muy coqueto. Cuando desapareció estaba más robusto, recuerda Leoni.

Cuando anduvo en el taxi, sí tenía sus pretendientes, aunque ya estaba casado. Su voz era como de nosotras, ronca, igualita. La heredó a mi mamá y tengo una hermana que habla igual. A Martín le gustaba cantar, y lo hacía bien... o sea, no hacía sus presentaciones, pero él cantaba, las de Manzanero, las de Chayito Valdés, Juan Gabriel y Vicente Fernández.

Era muy, muy amiguelo, insiste Tere. Queremos pensar que todavía anda con nosotros. Era alegre y muy buena gente, afirma Leoni, le gustaban las muchachas y tomar. Acostumbraba a ofrecer ayuda a los demás y no le importaba si le pagan los favores o no. Algunas personas de Mesa no se querían ir en taxi si no era con él. Lo esperaban por la confianza que le tenían.

En el momento en que se lo llevaron, dice Tere, nadie vio nada. No más se sabe que a esa hora se perdió porque entraron al pueblo... no sé,

se supone, unos “extraños”. Y hay gente que dice que sí lo vieron, pero que ya no llegó a su casa. Yo me quería morir. Todos nos queríamos morir. Creo que todas las familias que pasan por esto, cuando no saben si está vivo o está muerto, viven una pesadilla. Una pesadilla. Y ver al niño que pregunta por su papá... Su mujer se quedó con el niño, pero agarró para la casa de su familia, dice Leoni. Ahí sigue. Se desplazó, corrige Tere. Se quedó ahí mismo en el pueblo, pero con su mamá, por miedo. Todos vivimos con mucho miedo.



Hicimos un viaje a Chiapas con él hace como diez años, rememora Tere. Él manejó aproximadamente medio camino. Andaba contento con su esposa, todavía no tenían al niño y se acababan de casar. Visitamos Agua Azul, Chiapa de Corzo, San Cristóbal de las Casas; estaba impresionado mi hermano, porque no conocían, nunca habían ido para allá. Bonito viaje, ¿no? Estuvimos contentos todos por allá. Y lo sé porque tengo una foto de mi hermano allá. Otra cosa que recuerdo es que a mi hermano le gustaba mucho lo que yo cocinaba, comenta Leoni. Le gustaban los tamales, sobre todo los de mole negro. Eso sí, no comía mucho, a diferencia de mis otros hermanos.

Hacía figuras con madera, ¿no?, le pregunta Tere a su hermana. Hace, la corrige Leoni. *Hacía* figuras de madera, insiste Tere, y cuenta que siempre que se lo encontraba, la invitaba a su casa, y es por eso que recuerda haber visto que lo último que hizo fue un caballo de madera. Hacía figuras de barro y de madera; tallaba venados y unos maceteros; también, bancas de carrizo, y las ponía pegadas.

Nosotros pensamos que él está vivo, afirma Tere. Y lo que le mando decir es que, si está bien, que por favor se comuniqué. Que ya necesitamos que llegue. Sí, que ya llegue, secunda Leoni a su hermana. También le diría que su hijo está esperando aquí, eso le diría; que si él quiere, pues, no sé, que le gustaba el alcohol, pues que siga tomando, comenta Tere. Le diría que estamos muy angustiados, que estamos muy desesperados, que ya no sabemos qué hacer. Que ya queremos tenerlo acá con nosotros. Necesitamos que ya se acabe esto. Le diría que lo andamos buscando.

Quisiéramos que él se comunicara con nosotros, que nos mandara una señal para saber cómo hallarlo, pide Leoni.

Le diría que mi papá está muy preocupado y triste, dice Tere. Yo lo que siento frente a esto es mucho enojo, porque siento que no es justo lo que le pasó a él, igual que a todos los que están desaparecidos. Y vamos a seguir hasta que lo encontremos y se haga algo de justicia. Es algo con lo que ya no nos sentimos normales, porque cuando estamos en algún lugar donde hay mucha gente, como en fiestas o reuniones, yo me siento señalada. No a todos les pasa esto.

¿Por qué hacerle eso a mi hermano, mientras a otros que de veras andan por ahí haciendo cosas malas, los dejan libres?, se pregunta Leoni. Toda la gente nos pregunta ¿Y tu hermano? “pos no sé”. Y luego hay otros que dicen que a mi hermano ya lo mataron, a los que les contesto que aún no he visto el cuerpo, afirma Leoni. Se siente mucha cosa, mucha, expresa Tere. No tiene nombre. No quisiera sentir. Hay gente que dice, pues tu hermano por ahí ha de andar... Y a lo mejor hasta se siente uno animado. Pero otra gente dice: ¿Qué pasaría con tu hermano? Yo tardé como medio año para poder dormir tranquila, confiesa Leoni, y hasta el día de hoy, no puedo vivir bien, no nos sentimos seguras. Yo también, agrega Tere, cuando llego tarde a mi casa voy temblando. Si nosotras que somos sus hermanas no nos sentimos completas, pues una madre, ¿cómo se sentirá? Yo las admiro cómo tienen el valor de seguir...



Mi hermano tenía un apodo, le decían “el apache”. No le daba muina. Hasta el niño que ya empezaba a hablar, le decía apache, cuenta Leoni. Martín tenía muy abundante su pelo, muy bonito. Era chino, ondulado, pero bonito, bonito su pelo, negro, pero ya tenía canas, lo describe Tere. A mí se me hace que por eso usaba gorra, para aplacarse el cabello. No, la corrige Leoni, la gorra siempre la usaba. Le gustaba mucho peinarse para atrás. Un día se le cayó una y la recogí. Ya no se la devolví, la tengo guardada.



Guillermo Muñoz Roa

Lo que siento al no tener a mi hijo es que me duele mucho dentro de mi ser. Que no alcanzo a comprender el dolor que llevo adentro. No sé cómo canalizarlo, porque me llena de tristeza, de nostalgia. A veces me da fortaleza; en otras, me da mucha rabia, impotencia. Su ausencia me duele, me duele mucho porque teníamos planes. Él es un chico al que le gusta mucho el comercio y quería que pusiéramos un negocio, estábamos juntando para eso; pero al no estar aquí ahora, todo eso queda a un lado, en el vacío, en el olvido, porque en este momento la dedicación que tengo es para encontrarlo, aunque a veces en la familia no se hable de su presencia. Muchos dicen que es porque saben que me entristece, que me duele. El nombrar a esa persona, sí te entristece y te duele, pero es más terrible el que no se nombre, dice con voz apagada la señora Antonieta Muñoz Roa, madre de Guillermo Muñoz Roa.

Y es terrible, porque dices, ¿dónde están todos esos momentos compartidos?, con los primos, con los tíos, con los amigos. ¿Dónde está toda esa gente que te decía querer, que te alababa? Siento que sí les duele tu partida, pero hay que hacer que tu presencia no desaparezca, porque tú no te has ido, tú estás aquí, siempre vas a estar. Esa es una parte de cómo me siento. Cuando estoy sola en mi casa, cuenta Antonieta entre sollozos y con la voz entrecortada, hay silencio, y por las noches me pongo a orar... pero hay veces que mis palabras no salen. Sólo escucho el silencio, porque no puedo abrir mi boca para hablar, para orar, para hablarle, porque me duele mucho. Y hay veces en que salen las palabras, fluyen, pero es mucho el peso de la soledad, el silencio de todos los espacios donde él estuvo, donde todavía está.

Hace unos días escribí una carta de silencio, una carta muy larga. A veces las guardo, y a veces las quemo, porque no encuentro las palabras adecuadas para describir todo lo que llevo dentro, todo el dolor que siento, narra Antonieta con la voz apagada. Toda la falta que me hace su presencia, porque aunque yo no estuviera aquí, al lado de él, como cuando yo estaba trabajando en Estados Unidos, él se encontraba aquí y yo sabía que iba a regresar, que lo vería, y que nuestros planes se concretarían. Pero uno nunca sabe lo que puede pasar... Cuando Guillermo desapareció tenía 33 años.



Es triste que no esté, todo eso que está truncado en su vida, todas esas ilusiones. Todo lo que quería hacer, porque pensaba que quería un futuro mejor para su hijo. Quería un hogar, una familia. Y me decía: “Me interesa más mi hijo”. Quiero lo mejor para él. Yo sé que cometí errores y no quiero volverlos a cometer. Quiero algo bueno para él”. Incluso cuando terminaba sus ventas, iba en las tardes a estar con él. Pero la abuela materna de mi nieto comentaba que el niño y Guillermo se ponían a contar el dinero de las ventas que recogía, porque aparte de que vendía, cobraba; levantaba el pedido, entregaba, cobraba. Era todo. Y entonces, se iba a hacer sus cuentas del día con su hijo. Pasaban un rato en la tarde o los fines de semana.

A Guillermo le gustaban mucho los puestos de Reyes, y aunque ya estuviera grande, él siempre subía por mí y me decía: “Ya están los puestos, mamá, vámonos”. Le gustaba andar viendo y escogiendo en los puestos los juguetes para su hermano menor. Siempre veíamos los puestos y compraba algún regalo, porque en ese tiempo, él estaba de novio con la mamá de su hijo. Compraba algo para ella y escogía los juguetes de su hermano. Era muy bailador, siempre sonriente. En cambio, su hermano, el mediano, es muy serio. Son muy contrarios y a veces se enojaban, pero se querían mucho. Guillermo le decía: “Es que eres muy enojón, todo te enoja. Y la vida no es así. Hay que sonreír”. A lo que el otro le contestaba: “Es que no tomas esto en serio”. Y Guillermo: “Pues es que no me tengo que complicar la vida”. Y no porque no le interesara, sino porque “bueno, pues esto debe de tener solución”.

Era muy alto y guapo, y no lo digo porque sea mi hijo. De chico fue medio llenito, pero creció, se estiró, adelgazó, y su carita siempre fue muy

bonita. De bebé fue un niño rubio, con caireles, y muy blanco. Lloraba por su leche, por su mamila. Le decían el becerro porque tomaba mucha leche; sí, siempre fue muy comelón. En la escuela era muy juguetón, muy amigüero, le gustaba mucho la música, y tenía bastante facilidad para hacer amigos. Era muy sonriente, muy alegre, carismático y aceptado por la mayoría, supongo que por ello era el más querido de los primos.

A él le gustaban mucho los animales, especialmente las vacas, los becerros, y todo lo que tuviera que ver con el campo. Un día salí para la Ciudad de México y, como siempre, les dejaba dinero en el closet por si necesitaban alguna cosa. Guillermo sabía dónde estaba el dinero, y entonces dijo que quería una vaca. Se le hizo fácil tomar el dinero e ir con la señora que vivía en Banderilla, por donde pasa el tren. La señora que me los cuidaba tenía unos parientes que tenían vacas y becerros. Entonces fue a comprarles la vaca con el dinero. También le gustaban mucho los gallos de pelea y los caballos. Cada que veía algo que le gustaba, decía: “Compra ese cuadro de caballos o esa mesa de centro que tiene tres cabezas de caballo”. Un día, estábamos en la casa de unos amigos, y tenían un par de caballos negros de cerámica y dijo: “Ay, ¡qué hermosos!”, hasta que le dijeron: “Llévatelos”. Así era a veces, muy caprichoso. Cuando quería algo, no lo dejaba hasta que lo lograba. Como la vez que quería un CD nuevo, recién salido. Le dije que por el momento no tenía dinero. “Sí tienes”, insistió, “sí tienes, complétame. Yo tengo guardado también”.

A él le gustaba mucho que le comprara carne para comer. Es muy carnívoro, muy antojadizo. Llegaba y me decía: “Hazme unos molotitos de queso de hebra”. Me jalaba el queso y comenzaba a comérselo. Le insistía: “No te va a alcanzar”... Le gustaba vestir bien, le compraba sus perfumes. A él y a sus hermanos les gustaban los tenis. Se veía muy guapo con el uniforme que utilizaba cuando estuvo en el colegio Clavijero, con su quepí. Era chiquillo, pero se veía muy guapo, y todas las chamacas andaban locas por él. Incluso de grande: las muchachas también lo querían mucho, en parte porque él siempre fue agradable y respetuoso con ellas. Era como muy bonachón. Bueno, a veces digo era, a veces digo es. Pero a veces... mi esperanza es encontrarlo con vida. Y si no, pues que Dios me diga. Como sea, pero encontrarlo, reflexiona la señora Antonieta mientras deja un silencio largo.



Antes había una casa de juegos en Plaza Cristal y luego pusieron una aquí, en Revolución. En las maquinitas había una culebra a la que le echabas una pelota. Cuando alguien le atinaba, al caer la pelota en el hoyo, sonaba la chicharra y de premio le daban una bicicleta. Mucha gente iba ahí y no lo lograba. Entonces, un día fue Guillermo. Yo le dije que no lo iba a lograr, pero él me respondió que sí ganaría. Pues a la primera que jugó, cayó la bicicleta; se acercaron los del local a tomarle fotos y hasta en el Diario de Xalapa salió.

Un día llevó a mi negocio, una papelería, a un señor del mercado Jáuregui, porque quería un perico, una guacamaya. Me llevó para que yo se la compara al señor; era un ave con unos colores preciosos, pero la vendía muy cara, pues según tenía permisos. Mi hijo llegó ahí con él, pero yo le dije que no. Sin embargo, le pregunté al señor qué otro animal tenía. “Tengo un cotorro ¿se lo traigo?”. Mi hijo se quedó triste y llorando, porque yo no quería comprar la guacamaya. Le respondí que era demasiado cara y que tampoco teníamos para mantenerla. Al otro día, llegó el señor y me llevó el cotorro, al que le pusimos Toñito, como su hermano, porque mi hijo el más chico dijo, pues quiero que se llame como yo, Toñito. A Guillermo le gustó mucho la idea y dijo que sí. Yo creo que el cotorro ya era grande, porque se sabía unas melodías muy antiguas, chifladas, además de que hablaba. Le gustaba mucho su cotorro y lo andaba jalando. Se lo ponía en el hombro, en el dedo.

Cuando estaba yo en Estados Unidos me decía: “Ya regrésate, porque la familia está muy desunida”. Mi casa siempre estuvo llena de gente. A las fiestas de cumpleaños de mis hijos siempre venía mucha gente, en las navidades, en fin de año. Un cumpleaños, incluso de la familia, lo hacían en mi casa. Cuando estaba chico le gustaba romper las piñatas, y quería romperlas todas... Sí, era posesivo también, y celoso, en el sentido de que quería la atención para él, pero toda persona que lo trataba, siempre tenía la mejor opinión de él. Apenas empezaba una plática, y ya estaban ahí con él. Cuando se despedía de mí, o cuando me hablaba, me decía: “Mi güera chula, la mujer más hermosa del mundo”. Esas son sus palabras. Él era bastante alegre. Tenía facilidad para imitar a la gente, por lo que a veces le decíamos que era muy burlón; pero es que era muy alegre y tenía habilidad para imitar a otras personas.

Pienso que al último a él le pudo la ausencia de nosotros, que estábamos en Estados Unidos, sus dos hermanos y yo. Él se quedó aquí, pero yo iba a regresar... Nos íbamos a regresar mi hijo chico y yo, porque su hermano mediano se quedaba. Ya habíamos hecho los planes y sin embargo las cosas se adelantaron. Todos quedamos separados: mis dos hijos siguen en Estados Unidos y él no sé dónde esté... y yo estoy aquí. Mis hijos, los otros dos, aunque estén en Estados Unidos, no están juntos porque el trabajo y las circunstancias a veces los hacen cambiar de residencia. Los mandan de un lado a otro, o sea que tampoco están juntos. Ninguno de nosotros sigue junto.

Mi nieto, el hijo de Guillermo, está estudiando. Lo veo poco, pues está con su mamá. Desde chico juega futbol; mi hijo decía que era su ídolo, que jugaba muy bonito y estaba orgulloso de él. Recuerdo los momentos de su infancia, desde el kínder, la primaria, los diez de mayo, mis cumpleaños. Él mandó a hacer un cuadro de mí con él y sus hermanos. Un cuadro muy grande, muy hermoso. Los días de mi cumpleaños venía a darme un abrazo y me decía que me quería mucho. Frustraciones de amor.



El mensaje que le envió a mi hijo es que lo amo, que él siempre está conmigo a donde yo voy; que él es la fortaleza que me sostiene para seguir adelante en esta lucha y que nunca voy a dejar de buscarlo, dice con la voz apagada la señora Antonia. Mientras yo tenga vida, seguiré buscándolo. Espero con ansias su regreso. Y que adonde él esté, Dios lo cuide, lo proteja. Mis oraciones son para que Dios lo acompañe, lo guíe de regreso, sea cual sea su voluntad. También le diría que sus hermanos sufren mucho por él, así como su hijo, y que cada vez que él juega futbol, siempre le dedica el partido. Ari, su expareja, también lo ama, y le pediría que recuerde que ella tiene derecho de rehacer su vida. Ella siempre me dice que Guillermo es la persona a la que más ha amado, y que como a él nunca volverá a amar a nadie más, que siempre lo llevará presente en su memoria. Y, por último, le diría que su familia lo espera, sus tíos, tías, primos y primas; y desde Estados Unidos, también hay dos personas que lo recuerdan: los dos hijos que tiene allá. Ese es el mensaje para mi hijo, Guillermo.

Te amo, tu Güera



Para mi Padre Guillermo Muñoz
Papá, te escribo esta carta para decirte lo mucho
que te extraño y lo mucho que me haces falta.

Donde quiera que estés, estoy 100% segura que me
acompañas a cualquier lugar que voy, créeme
que no tengo ninguna duda de que así es, porque
así mismo a donde quiera que yo voy te llevo
presente. Cada logro que consigo va dedicado
hacia ti porque se que estarías orgulloso de mí.

Ya son muchos años sin ti y créeme que no hay un
día que no te recuerde y que recuerde lo bien que lo
pasabamos juntos, cuando jugabamos Futbol, me ibas
a ver a mis partidos, ibas por mi a mis entrenamientos
o simplemente hacíamos cualquier cosa juntos.

Muchas veces me he preguntado donde estarás y por
que te tuvo que pasar esto a ti; que eras una
gran persona, siempre alegre y con un gran corazón,
pero a pesar del tiempo que ha pasado yo no pierdo
a esperanza de volver a verte algún día.

Tu haces mucha falta a mi abuela, a mi mamá
y a mí, espero que donde quiera que estés me
leas triunfando, porque siempre lo intentaré por ti.

Te ama y extraña tu hijo Kevin Guillermo.



Jovanne Amador Espiritu
Triana Yset Lucia Espiritu

Yolanda Espiritu Mota
y Rosalba Contreras

Ivonne

Es la quinta de mis hijos. Recuerdo que faltando un mes para aliviarme me pagaron lo de mi incapacidad y fui a comprarle la ropa más bonita que vi, porque dije, con mis otros hijos no pude, pero hoy trabajo. Me gustaba vestirla, le ponía un paliacate en la cabeza, como negrita, y le mandaba a hacer sus vestidos con olanes chiquitos de bolitas. En ese tiempo siempre estábamos pagando renta, por lo que no podían salir mis niños a jugar. Ya después, en una casa que construimos con mis hijos, teníamos la libertad, la amplitud para que pudieran hacerlo. Casi no había casas, solamente había tres, y mi hija me decía: “Mamá, ma, mira, mira, ma”, y se revolcaba en el pasto, rodaba, y me decía cuánto se divertía. Le decía ¿Te gusta hija? “Sí ma”.

En Reyes, le compré a mi Negrita, a mi Ivonne, un grillo, pero uno que se movía. Ahí andaba con su juguete, era su preferido. Y luego se rodaba y decía: “Má, acá toi”. Mi mamá me decía: “Le deberías poner a la niña ropita clara porque de noche no se ve”. No había luz y le preocupaba que se le fuera a perder. ¡Ay, mamá, cómo crees! Le decía yo a Ivonne: m'hija, estás donde estás, grítame. Si te sales por ahí y no te veo, tú grítame. “Sí, ma”, me contestaba.

Llegaron sus quince años y le hice una fiesta muy bonita. Me puse de acuerdo con toda la gente para que a media noche se fuera la luz y prendieran las velitas, y en ese momento de oscuridad entró su hermano con la rondalla de la universidad. Fue muy emotivo. Después ella siguió estudiando; fue la única que terminó su carrera, estudió secretariado bilingüe y se recibió. Pasó el tiempo y se casó, nació su primera niña y se fueron los tres a vivir con nosotros. Ivonne era... es muy elegante. Si se ponía un costal de yute, se le veía bien. Y se cuidaba mucho, era muy vanidosa.

Era muy alegre. Ella siempre cantaba, ponía música y se ponía a hacer su quehacer. Era muy trabajadora, activa; es más, en la casa la apodaron “la aspiradora”. Cuando iba con su hermana mayor, pasaba a comprar la comida y les llevaba un poco. “Hermana, vamos a hacer de comer”, le decía. Y allá se iba, allá hacían de comer. Mi hija era muy dadivosa. También le gustaba mucho el baile. Antes no había la oportunidad, nada más le daba permiso si acaso dos, tres veces al año. Pero cuando hacíamos algo en la casa, le gustaba mucho bailar.

Del trabajo siempre llegaba así, ligerita, con sus tenis y cargando sus maletas. Una vez llegó y me dijo: “Ma, ma, ¡Panchal ¡Panchita! -Soy Francisca Yolanda, pero me quité el nombre de Pancha, de pura tristeza-, ven.” “¿Qué?”, le contesté. “Ayúdame, cárgate eso, y ten esto, es para ti”. El diez de mayo le gustaba invitarme a salir, pero a mí no me gustaba ir con ella. “¡Vámonos, alístate!”, me decía. Me llevaba de compras. “A ver, escógete de esto lo que tú quieras”. Ivonne era muy dadivosa, quizá porque vivía en la casa, o no sé, pero ella me quería mucho. Su forma de pararse es muy similar a la de su papá. Ella siempre me dio todo, incluso cosas que quizá no necesitaba.



En ese entonces yo tenía cinco hijos, y cuando llegaba de trabajar, los contaba. Si me sobraba un bulto, decía ¿por qué? Ah, mi mamá. Si sobraban dos, un tío abuelo; porque no teníamos casa grande y porque no había suficiente dónde dormir. Yo veía y contaba: de aquí para acá van mis niñas, las tres; para acá, los dos niños y el abuelito. Un día yo llegué y estaban dormidos, como a las ocho de la noche. Comencé a contar y faltaba un bulto. Pero allá, medio dormida, estaba mi hija mayor, y le pedí que se despertara. ¿Dónde está la niña?, pregunté, pero me contestó que no sabía. ¿Cómo que no sabes?, insistí, pero contestó lo mismo. ¿Y cómo te acuestas?, reclamé, porque se acuestan y ya no saben de la niña.

Comencé a buscarla. Me fui hasta no sé dónde ni recuerdo bien qué hice, pero en esa ocasión encontré a mi hija. La encontré frente a la catedral, donde la policía me llamó muy fuerte la atención, porque, según me dijeron, a la niña ya la tenían en un internado y que podía quitármela. ¿Y por qué me van a quitar a mi hija?, pregunté, y respondieron que porque

yo no la cuidaba. Les dije que tenía a mis otros hijos. La niña anda vestida así y así; si la vieran mal vestida, dirían que está mal cuidada, pero la niña está bien, les dije. Argumenté que yo trabajaba y había salido a cobrar, y que mi hora de salida era a las cuatro. Luego de ahí, les conté, me voy al restaurante, porque allá tengo que cobrar a las siete de la noche. Sin embargo, en ese lapso me fui a los almacenes a comprar una camisa para mi niño y una blusa para mí, porque vamos a desfilan el día primero. De ahí, me fui a la casa, pero ya no la encontré. Esa vez me llamaron la atención, pero encontré a mi hija, la encontré.

Ivonne era muy vanidosa. Es bonita y se arreglaba. Le gustaba disfrutar la vida. Ivonne quería tener su casa muy bonita, y así la hizo. Pero ahí se quedó la casa. Quería un carro. Su marido lo compró, lo tuvo. Otra ilusión de ella: irse de compras. Su ilusión era estar bien, sus hijos sanos, que no hubiera problemas, o sea, todo bonito. Esa era su ilusión. Me decía: “ma, yo nomás anhelo dejar de ser pobre algún día y ya no trabajar”. Era muy luchona: vendía bolsas, ropa, llevaba perfumes, jalaba catálogos, vendía zapatos. Se llevaba diez, quince cajas de zapatos para vender. También compraba café, aquí, que es más barato, y allá lo vendía más caro. Ivonne era muy luchona, movida y activa. Su hija es igual: muy trabajadora, muy luchona. Lo contrario de Yoyita.



Iriana (Yoyis)

Para mí, Yoyis era... es un dulce. Me duele mucho porque es mi chiquita. A Iriana le decíamos “gordita”. Cuando nació también le compré ropita. Me puse mal y me llevó mi marido en la madrugada. Ella salió del Seguro Social. Nadie sabía en la casa, mis hijos me andaban buscando, no sabían qué pasaba, porque nunca notaron que yo estaba embarazada. Cuando ellos se iban a la escuela, yo estaba trabajando; cuando yo me iba a trabajar, ellos se quedaban durmiendo. Prácticamente no nos veíamos. Al llegar de la escuela, me encontraban durmiendo. Trabajé en un comedor hasta que me dieron la incapacidad. Nadie se dio cuenta de que yo estaba embarazada.

A mi hija la quiero un montón. Los quiero a todos, pero... Yo tenía miedo de mi hija porque sabía que era la última, que ya no iba a tener otro, y por eso la sobreprotegía. Si se me enfermaba, me daba miedo; si le

faltaba algo, también. Abrí una cuenta en un almacén de ropa para comprar un vestido con sandías estampadas, pues no tenía el suficiente dinero para comprarlo de contado. Aun así, le compraba su ropita a mi hija, porque me gustaba verla bien vestida. Usaba el crédito en la tienda solamente para ella. Me gustaba que se viera bonita.

Todos los días, al llegar del trabajo, traía cosas del supermercado para la niña. Mi hijo mayor trabajaba en uno de esos almacenes, empaquetando las compras de los clientes. Yo me hacía cargo de la comida y mi hijo de comprarle todo a los niños. Así empezó a crecer mi niña, siempre conmigo; muy callada, muy apegada a mí. Después me salí de trabajar, pues mis hijos ya eran grandes y la niña todavía estaba pequeña. Decidí salirme de trabajar, pero sufrimos mucho por eso.

Al entrar a la secundaria, Irina bajó de calificaciones. Cargaba con su bolsita de maquillaje. Se pintaba muy bonito, le gustaba hacerlo con las otras alumnas, con las maestras, y también peinarlas. Finalmente, pudo continuar con una beca completa. Cuando cumplió quince años, le hice una cosa sencillita en la casa, pues no quiso algo más grande porque sus hermanos no estaban con ella, porque faltaba la familia. Decía: “No, ma, no me hagas nada”. Una comidita y tu misa, le insistí. Maté un cochino para hacer de comer e hicimos su fiesta en la casa. Y eso fue todo. Estuvo triste, en las fotos siempre salió llorando porque sus hermanos no estaban, porque ella estaba sola.

Estaba terminando la prepa cuando entró a trabajar. Le faltaba un semestre para terminar. Siguió trabajando y llegó el momento en que me dijo: “Mamá, voy a estudiar. Ya me cayeron mal estos tal por cuales, creen que, porque ellos pueden más que una y una no tiene recursos, nos pueden maltratar”. A lo que le contesté que ella podía estudiar, que tenía la oportunidad.

Yoyis era muy amiguera, se rodeaba de amigos, niñas, niños; era muy infantil. Muy... ¿cómo decir?, muy niñera. Actuaba como niña, no tenía malicia. Ella se encerraba en la recámara o en la sala: si estaba en la sala, tenía la tele prendida, el estéreo prendido y la computadora también. Yo, preocupada por la cuenta de luz, le preguntaba si le entendía a todo, y ella siempre contestaba que sí. Insistía para que apagara algún aparato, pero siempre terminaba cediendo.

Mi hija era muy hogareña. Todo el día estaba allí; si se cansaba, salía. Había barrotes en las ventanas y se agarraba de ahí. Observaba y se me-

tía. Iba a casa de mi nuera, se agarraba de los barrotes, veía para adentro y le decían, ¿qué haces? Trabajaba nada más sábado y domingo, así que el resto de los días estaba en la casa, motivo de que hubiera pleito con su padre. Aunque, de alguna forma, ella se mantenía, además de que me ayudaba en la casa.

Su anhelo era adelgazar. Decía que quería adelgazar, pero pasado un tiempo se fastidiaba y dejaba de cuidarse. También quería tener un carro, pero le daba miedo. El carrito que compré un día lo arrancó y se lo llevó mientras yo no estaba. Después tuvo que buscar a alguien que se lo trajera a la casa. No era parte de sus ambiciones comprarse una casa, porque ella decía que no pensaba casarse. "Voy a adoptar a un niño, déjame hacer eso, mamá". Y le digo, ¿cómo crees m'hija? Mejor tenlo. "Ay no, ma, se ve que duele mucho. No, yo que voy a andar sufriendo". Ay m'hija, es por eso que se quieren a los hijos, porque son de ti, nacen de ti, los sientes tú, los crías tú. "No ma, yo no me voy a casar, yo nada más voy a tener un hijo".

Quizá se oye feo, pero como que ella me duele más. De alguna forma ella no vivió la vida. Yoyis era muy inteligente, es la única que me ponía en el celular una melodía para cada uno de sus hermanos. Así, cuando sonaba el teléfono, ya sabía quién de mis hijos llamaba. Para su hermana mayor me puso la melodía de la Pantera Rosa; a su papá, una de Paquita la del Barrio. Para ese entonces no había todavía pantalla en los teléfonos. Y ella me decía: "Mamá, dentro de poco ya vas a tener un teléfono donde me vas a ver". ¿Cómo crees?, le contestaba. "Sí, mamá, me vas a ver. Con toda la tecnología que va a tener tu teléfono, basta con que le digas casa o Yoyis, y te va a entender. Te lo voy a demostrar". ¿Tanto así? "Vas a ver, ma".



Trabajo y desaparición

Mis hijas metieron sus papeles y se fueron a trabajar a Perote, a Villa Aldama, al Cerezo. Pero con el tiempo empezaron a moverlas. El Cerezo se vuelve federal y ellas entran a la ruleta, que es como le llaman a cuando las mandan de un Cerezo a otro. Cuando sucedió eso, a Ivonne la mandan a Poza Rica y a Yoyis a Cosamaloapan, y de Cosamaloapan la vuelan hasta Tuxpan. Sin embargo, todos los días nos hablábamos. Todos los días me llamaban temprano o en la tarde; y si no me llamaban, yo les marcaba.

Ivonne trabajaba siete días y siete descansaba. Aquí llegaba a las cinco de la mañana del martes. Conforme se acercaba a El Lencero, nos hablaba para avisarnos que estaba en camino. Ya fuera mi marido o el papá de sus hijos iban por ella. Llegaba, tiraba las maletas en la sala, ahí me dejaba todo y yo lo levantaba. “Ya vine mamacita”, me decía cuando llegaba. Le contestaba “sí, m'hijita”. Y me daba el beso y se iba a acostar.

“Ahí ves eso”, me decía. Parecía hormiguita. Siempre me traía algo. Ella acarreaba de todo, pues también tenía a sus hijos. Guardaba todo lo que me traía y lo acomodaba. Al otro día la llamaba para que viniera a desayunar. Esa fue nuestra rutina durante varios meses. Iriana estaba todo el día en la casa, pues había dejado de ser custodia, trabajaba en la administración.

El día que nos dimos cuenta de que ellas no estaban eran las diez de la mañana del sábado 15 de octubre de 2011. Un día antes, el viernes 14 de octubre, no habían llegado. Hablé con Ivonne a las siete de la noche con siete minutos y siete segundos. Lo sé porque ahí tengo el mensaje, la hora, en la sábana. El mensaje dice: “Ma, ahí te va mi niño, va con mi papá. A ver si te gustan sus tenis”. Le contesté que ojalá y le gustaran a él. “Voy a buscar a mi hermana”, fue lo siguiente que escribió. Le pedí que no lo hiciera, pero Ivonne insistió. “Vente con tu hijo, no te vayas”, le dije. “No. Voy a buscarla. No tardamos”. Esa fue la última vez que escuché a mi hija. Jamás he vuelto a saber de ella. Desde entonces a la fecha, ha sido de angustia, de búsqueda, de que no le hacen caso a una. Y que no buscan nada, nadie investiga, porque todo lo hacemos nosotros.

El sábado me quedé en la sala, esperando. Tenía la costumbre de quedarme a esperar a mis hijos hasta las dos de la mañana, hasta que los veía llegar. Los veía sin que ellos se dieran cuenta, nada más llegaban y corría a la recámara y me acostaba. Ellos subían y me decían: “Ya vine, ma”. Le contestaba el saludo, y así me aseguraba de que ya estaban adentro. Pero ese día me quedé hasta las dos de la mañana y no llegaron. Al otro día tenía que ir a trabajar, pararme temprano, por lo que me fui a acostar.

A las cinco de la mañana desperté. Ivonne dejó prendida su tele desde el viernes. Pero como ella tenía las llaves del cuarto, el aparato se quedó prendido. Me asomo con Yoyis y tampoco estaba. Son las cinco de la mañana y no llegaron. Marco por teléfono y no me contesta ninguna. Le comenté a mi marido, Gabriel, que no habían llegado sus hijas. Se sorprendió,

“¿Cómo que no han llegado? ¿Por qué no me habías dicho?”, me dijo. Desaparecieron cuatro compañeros.. Cinco, pero no doy con la otra persona. Ya busqué, ya investigué. Es una vecina, pero no doy con ella. De esto sólo las autoridades saben, y no lo han hecho o no nos dicen quién es la otra persona desaparecida. Yo me enteré por los vecinos que hay un quinto.



Quiero que mis hijas sepan que las quiero mucho, que las amo. Cuando Ivonne era pequeña se me perdió y la encontré, ahora todavía no lo logro. Quiero decirles a las dos que me hacen mucha falta y que las seguiré buscando hasta encontrarlas. Las buscaré hasta que Dios me lo permita. A todos mis hijos los quiero, pero ellas dos son mi prioridad. Si antes obstaculizaron nuestra búsqueda, ahora ya no hay quién nos detenga. Para todos sus hermanos esta situación ha sido muy difícil.



Mi hermana Ivonne siempre ha sido mi mariposa. Yoyita siempre va a ser nuestra Yoyita. Todos sus sobrinos se quedaron muy tristes, devastados por la noticia. Para Tali y Toño ha sido durísimo. Mi sobrina Tali perdió a sus dos mamás: su madre biológica, Ivonne, y su madre de crianza, tía Yoyita, con quien se sentía profundamente identificada. Todos los sobrinos sufrieron mucho. Yoyis se daba tiempo de estar con todos, siempre tenía tiempo para cada uno de sus sobrinos, eran su prioridad. Hasta la fecha, la desaparición de mis hermanas es algo muy duro para los muchachos. Yoyita siempre fue la figura de unión, de reconciliación de la familia. Ivonne, por su alegría, siempre fue una figura de reunión, de fiesta, de revuelo. Ambas ayudaban a engarzar a nuestra familia. Ambas son unas excelentes personas, excelentes mujeres. Si algo en esta vida nos enseñó mi madre es la unión. Con la desaparición de mis hermanas sucedió la devastación de toda la familia. Nos convertimos en una familia fracturada porque nos quitaron a dos integrantes, pero seguiremos unidos hasta encontrarlas.



No sé como empezar a escribirles, hay tantas cosas que quisiéramos decirles: que las amamos, que día con día las pensamos, las buscamos, las esperamos, pedimos a Dios porque las cuide a cada instante, que goie sus pasos.

Les escribo con la esperanza de que en algún momento lean este mensaje desde donde se encuentren y que sepan que las estamos buscando desde aquel 14 de Octubre del 2011.

Fecha en que fueron arrancadas de nuestro lado, cambiando por completo nuestras vidas, pero principalmente la de ustedes.

Quiero que sepan que sus recuerdos me dan la fuerza para seguir adelante y darle la fuerza a quien las busca imparablemente y a quienes esperan por ustedes en casa, ustedes me enseñaron a no rendirme, por eso mismo sé que ustedes hacen lo mismo y que están luchando para sobrevivir en ese encierro oscuro donde las tienen.

Las abrazamos aún en la distancia, que Dios las bendiga y proteja y les ilumine el camino siempre para que puedan recuperar su libertad y puedan volver con nosotros.

= Su familia las espera, las ama y las busca siempre =
"Hasta encontrarlas"

Talita ~~Amador~~ Amador



Xóchitl Celeste

Castañeda Hernández

Esperanza Hernández Hernández
y Miriam Castañeda Hernández

ESPERANZA: Ella se llama Xóchitl Celeste, pero para las amistades siempre ha sido Celeste. Todas sus amigas la conocían así; en la familia, en cambio, Xóchitl. Y nosotros siempre le decíamos Xochito. Desde chiquita, ¿verdad? Ella era la que bautizaba a la gente.

Quedé embarazada de mi hija Xóchitl, y gracias a Dios se logró. Fuimos al rancho, el día de Todos Santos, el día primero de noviembre. Ahí se acostumbra a hacer todo lo tradicional del festejo: había calabaza en dulce, chocolate, pan, agave, mole, tamales, y de todo eso que se acostumbra a hacer en los ranchos. Recuerdo que esa vez comí mucho, muchísimo. El papá de mis hijas se fue conmigo y me dijo que no comiera más, porque me iba a hacer daño. Me empecé a sentir mal como a la una de la mañana, pero no le dije nada a él. Pensé que se enojaría porque me había advertido que no comiera tanto. Me dolía el vientre, la cadera... más tarde ya no pude más, agarré valor y le dije que ya iba a nacer. Me dijo que no era cierto, y le contesté que sí, que ya iba a nacer. En ese momento se levantó y me llevó a maternidad.

Cuando llegamos, tenía cinco de dilatación. Nació en parto natural. Yo creo que mi hija era tan chillona porque yo me la pasé llore y llore y llore. Mi primera hija había nacido por cesárea, y así nunca duele un parto; no se siente nada. Pero a la Xochito que se le ocurre nacer por parto natural. No, ¡yo me muero, Dios santo! Nació a las once y media el dos de noviembre de 1987. Era muy chillona, por todo lloraba. Si volaba una mosca, chillaba; si la mosca se paraba, chillaba. Y siempre decía que le dolía una pierna. De eso se quejaba toda la vida. La llevamos a cuantos

doctores nos recomendaban y su papá incluso consiguió mariguana con alcohol para ponerle. Un día, tal fue mi enojo que compré vitaminas para inyectarla, y justo cuando estaba a punto de hacerlo, me dijo que, la verdad, nunca le había dolido, que sólo lo hacía para que la cargara. Yo creo que todo eso era porque iba a llegar un momento en que ya no iba a estar.

Cada quince u ocho días, íbamos al rancho de mis papás; mis hermanas con sus hijos y yo con las mías. Y me acuerdo de que una vez los niños agarraron un nido, un pajarito. Lo sostenía mi sobrino y no se lo quería dar a mi hija, así que la Xochito a fuerza se lo quería quitar; y lo andaba correteando y el otro corría. Después de un rato, Xóchitl lo acusó de que por andar corriendo el pajarito había muerto. Ella le pidió que abriera las manos para ver que ya había muerto el pajarito... en cuanto aquél abrió las manos, Xóchitl le dijo: “Préstalo para acá”. Desde chiquita era así

MIRIAM: Era inteligente, pero floja. Ella decía que quería ser policia. Cuando le preguntaban por qué, contestaba porque era un trabajo para atrapar a los malos.

ESPERANZA: A Xóchitl le encantaban los gatos. Tanto, que un día de su cumpleaños, cuando cumplió ocho, le pregunté qué quería de regalo. Una muñeca grandota que le compré, de enfermera, más grande que ella, yo creo. Y aparte, un gato, me dijo. Así que tuve que robar uno. Bueno, ahí estaba y se vino con mi hijo. Estaba abajo del puente Xallitic, uno chiquito, blanco, al que le puso Oso. ¡Precioso el gato! A ella le encantan. Tiempo después ese gato se perdió. Trajo a otros dos cuando iba en la primaria, pero el que vivió mucho tiempo fue el Oso. Era su adoración el gato. Le puso Oso porque era de angora y era muy pachón. Luego, cuando creció, tuvo a la Duquesa, y también a su hija, Luna. Amaba a los gatos.

Cuando salió de la secundaria, le pagué su cena de baile, que fue en el Domo. Pagué por diez platillos, y aprovechó ese momento para decirme que debía materias y estaba reprobada, por lo que tuve que apuntarla a otra secundaria. Tampoco terminó de estudiar ahí, pero conoció a un chavo, y salió embarazada de Brenda Samantha, la “Güera”. Tenía 15 años cuando quedó embarazada y la niña nació a sus 16. Después, se metió a trabajar y se pagó el año de secundaria que le faltaba. Más adelante hizo la prepa abierta. Nosotros la apoyamos, pero ella hacía su lucha. Pasó el tiempo y conoció al papá de la niña de en medio. Entonces tuvo a su hermosa hija, la Jimenita. Ellos se querían, pero peleaban mucho.

MIRIAM: Xóchitl tuvo tres hijas. Cada una de las niñas se lleva tres años. Cuando pasó lo de Xóchitl estaban muy pequeñas, tenían ocho, cinco, y la menor un año con ocho meses.

ESPERANZA: A ella le gustaba mucho la música. Le gustaba mucho la canción del osito.

MIRIAM: Sí, era feliz bailando. Ella era de discos, de café. Le gustaba escuchar música, sobre todo reguetón. Era alegre, locuaz, extrovertida, muy rebelde. Con sus amistades era selectiva. Ella tenía un carácter muy fuerte. Muy explosiva.

ESPERANZA: Cuando estaba de buenas era todo amor. También era muy elegante para vestir. Y su porte, ella era muy alta y siempre le gustaba caminar derecha, usar zapatillas, zapato alto. Mide como 1,73 o 1,74. Cuando íbamos en la calle me decía que me apurara, que daba los pasos muy chiquitos. Contestaba que iba caminando junto a ella, pero que tenía las piernas muy largas, daba el paso desde aquí hasta allá.

MIRIAM: Xóchitl era muy traviesa, muy impetuosa, e incluso de grande, igual se la pasaba picándote, molestándote y haciéndote cosquillas, como diciéndote aquí estoy.

ESPERANZA: En la escuela era floja. Había que estar pegada con ella para que hiciera tarea, pero si ella quería, en un ratito la hacía y sacaba diez. Es que era inteligente. Su papá le decía que podía llegar lejos, pues era muy inteligente, pero también muy huevona. Chocaba mucho con su papá porque ambos tenían un carácter muy fuerte.

MIRIAM: Ella vivía con mi papá, de hecho. Le decía mi Flaca, pero era muy estricto. Y ella tenía el mismo carácter que mi papá, y sin embargo se querían. A mi papá lo consumió que mi hermana desapareciera.

ESPERANZA: De hecho, cuando a él le dan la ayuda esa de 65 y más, pone como beneficiaria a mi Chochito. ¡La quería mucho! Después de un año de que había fallecido, un día me pongo a revisar el monedero, andaba yo buscando una dirección y me encuentro un papel escrito por él en donde decía: “Yo ya me voy a ir (o algo así), quiero que cuides a mis chiquillas”. Sus chiquillas, así les decía a las hijas de mi Xóchitl. “Quiero que las enseñes a que tengan un oficio, a que se valgan por sí solas, donde no se avergüencen, donde estén con la frente en alto. No te pido mucho”, decía. “Te pido eso y te pido que busques a mi Flaca y que luches por la casa”. Yo creo que una persona presente cuando va a fallecer.

Pero desde que a la Xochito la desaparecen, él se fue para abajo. Pasó muchas cosas muy fuertes. En octubre se le muere su hermana solterona que nunca se casó, con la que siempre vivió. Él vivía abajo y ella arriba, aunque chocaban mucho porque eran del mismo carácter los tres, la Tere, la Xochito y el papá de mis hijas, igualito el carácter de los tres. Por eso chocaban tanto, porque eran igualitos. Apenas va superando lo de su hermana y al mes siguiente se le muere su mamá.

Lo de Xóchitl sucedió un lunes, porque ese día fue cinco de febrero, que es Día de la Constitución, del año 2013. El caso es que ese día no hubo clases. Yo tenía barbacoa de pollo, arroz, frijoles. Y me dice Xóchitl: “Mami, ¿me vas a hacer lo que tanto me gusta?” Le digo, “sí m’hija”. Hubiera la comida que hubiera, ella comía mucho; pero le encantaba la salsa verde, tipo guacamole cuando va sancochado, y los huevos estrellados. Se los hice, comió. Más noche me preguntó de nuevo si cenaría lo que le gusta, respondí una vez más que sí, y le volví a servir. En la cena se comió tres huevos estrellados, igual con salsa verde. Terminando, me dijo que ahora sí ya se iba. Las niñas y todo lo demás estaba listo. Persigné a las niñas y a ella también, como siempre antes de irse. Esa fue la última vez que la vi...

Al día siguiente, después de dejar a la niña de en medio, la vieron, según dicen, en la escuela, cuando la fue a dejar y todo. Ella la entregó. Y esa fue la última vez que alguien la vio.

MIRIAM: A partir de ahí fue el caos... Cuando la desaparecen tenía veinticinco años. Era delgada, alta. No representaba la edad que tenía. Tú la veías en el día: zapatos bajitos o tenis, pantalón de mezclilla, una blusa simpática, y su chongo, porque tenía el cabello ondulado, largo, negro. Ya nomás se le salían los dos chinitos del frente, y se ponía sus lentes oscuros. Tú la veías y siempre estaba con los audífonos, siempre con los audífonos. Como madre, era exigente, muy exigente con sus hijas. A ella le gustaba que sus hijas fueran con las mejores cosas, muy arregladas.

ESPERANZA: Las traía impecables. Le gustaba que ella y sus hijas sobresalieran.

MIRIAM: Cuando eran los festivales de la escuela, las niñas iban con el mismo traje que las demás, pero tenía que ponerles algo extra, un detalle. Algo con lo que destacarán. Pero decimos que cuando algo le interesaba, en verdad se esmeraba.

ESPERANZA: El niño de Miriam era su adoración.

MIRIAM: Ella siempre estaba muy orgullosa de mi hijo, porque era varón. Jugaba mucho con él; a veces ella era tosca, tenía mucha fuerza, pues aunque estaba delgada, tenía mucha fuerza. Yo me dormía en una colchoneta, y ella me jalaba de la colchoneta y me arrastraba por toda la casa. Con el niño jugaba a luchitas. Vamos a la tienda, le decía a mi hijo, y se llevaba al chamaco a la tienda. Jalaba mucho con mi hijo.

ESPERANZA: Xóchitl tiene el cabello negro, muy negro. De ese negro que se ve hasta azulado, sedoso, ondulado. Nunca se pintó el cabello, y nadie lo sacó así de toda la familia, tampoco por parte del papá de mis hijas; dicen que así lo tenía su abuelo. Ninguna de mis sobrinas por parte del papá de mis hijas lo sacó así, excepto por una prima y mi hija. Ese negro sedoso que dicen que ese era el cabello de los Castañeda. El día que desapareció no llevaba más que su puro monedero, ni siquiera bolsa.

MIRIAM: Fue a dejar a las niñas a la escuela. Llevaba sus lentes oscuros, teléfono con los audífonos, las llaves y la cartera. Era lo único que traía. Como decía, era muy vanidosa; por ejemplo, ella igual que yo, también tenía que utilizar lentes, pero a ella no le gustaba y no los usaba, entonces compró lentes de contacto.

ESPERANZA: Sí, ella usa pupilentes porque tiene miopía y astigmatismo. Pero ella ¡qué se iba a poner unos lentes! No. De chiquita sí le obligué a ponerse lentes. Pero una vez que creció, prefirió usar pupilentes. Y como tiene los ojos muy grandes, pues se veía bien. Pero sí, es muy vanidosa.

En ocasiones me decía que debía sentirme orgullosa, porque las mejores bisnietas que tienen mis abuelos son sus hijas, esto a raíz de que ella se fijaba mucho en el físico. Cada vez que íbamos al rancho no le gustaba estar en mi casa. Mi abuelita la quería muchísimo a ella: nomás llegaba y saludaba a mi papá y avisaba que iría a ver a su “bisa”, que se llamaba Otilia. Comía con ella y se quedaba por allá; le decía “mamita”. Mi abuela siempre mencionaba lo bonita que era mi hija. Xóchitl le ayudaba a ponerse sus calcetas, la llevaba al baño, y ahí estaba con ella; la quiso mucho. El día en que murió mi abuelita coincidió con el cumpleaños¹⁶ de mi hija. Miriam: Cuando ya no estaba Xóchitl y era diciembre, le decía a mi mamá que me parecía mala idea no poner un árbol. Ella me contestaba que no era un árbol lo que quería en la casa, sino un altar de muertos, pues le parecía que no había nada por qué festejar. Era entendible, sin embargo, yo opinaba que los niños necesitaban un árbol. Creo que son estas cosas las

que te marcan como adulto, como tratar de ir mediando esa parte, entendiendo a mi mamá, pero irla jalando. Y es muy complicado. Xóchitl era muy tamalera. Le gustaban mucho los tamales.

ESPERANZA: Cuando ella ya no estaba, yo les hacía las ollas de tamales, pero se los llevaban a su casa. En mi casa no aceptaba ni una flor para el día de muertos, y hasta la fecha es igual, porque mi hija Xochito es del dos de noviembre. Es por eso por lo que no aceptaba ni un altar de muertos y ni tampoco un árbol de Navidad. Pero resulta que la Male me invitó a visitar a una de sus primas. a Oaxaca en diciembre, y decidí ir con ella. Su prima tiene una casa en Macuixóchitl: *Macui*, que quiere decir cinco y *Xóchitl*, que es el nombre de mi hija. Fue entonces que entendí, como si alguien me hubiera golpeado: en ese momento comprendí que el cinco significaba mis dos hijas y las tres de una de ellas, que en total da cinco. Allí entendí, así que llegando les dije a mis chiquillitas que compraríamos un árbol. No me creyeron. Le dije a Jimenita, quien no me creía; la Güera se enojó, y ya no quiso participar en nada. Fui a comprar un árbol artificial y me ayudaron muy emocionadas a ponerlo. Esto sucedió a los cinco años de que ya no estaba Xóchitl.

¿Sabe por qué me daba mucho coraje el árbol de Navidad? Porque a la Xochito Hernández la desaparecen, y el pinche árbol se queda ahí puesto. Pensamos que le hubiera gustado que estuviera ahí, y pues no lo quitamos. Entonces, ver el maldito árbol ahí con las esferas era horrible, odiaba eso. Por mucho tiempo me volví egoísta porque no quería que tocaran ni una de las cosas de mi hija, nada. Hasta que en un momento decidí que ya no quería nada, que llevaría todo al bazar para venderlo. Pasaron entre tres y cuatro años para que pudiera desprenderme de sus cosas, pero es que la desaparición de Xóchitl me cambió la vida vilmente. Porque, por ejemplo, su papá falleció pero sabemos dónde lo llevamos, dónde está sepultado. Esa es la diferencia.

MIRIAM: Para las fiestas de año nuevo siempre nos poníamos de acuerdo qué iba a guisar cada quién. Mi papá guisaba la pierna, mi mamá chiles, espagueti, y mi hermana llevaba el postre.

ESPERANZA: El postre y el chupe. A ella como no le gustaba cocinar, todo compraba.

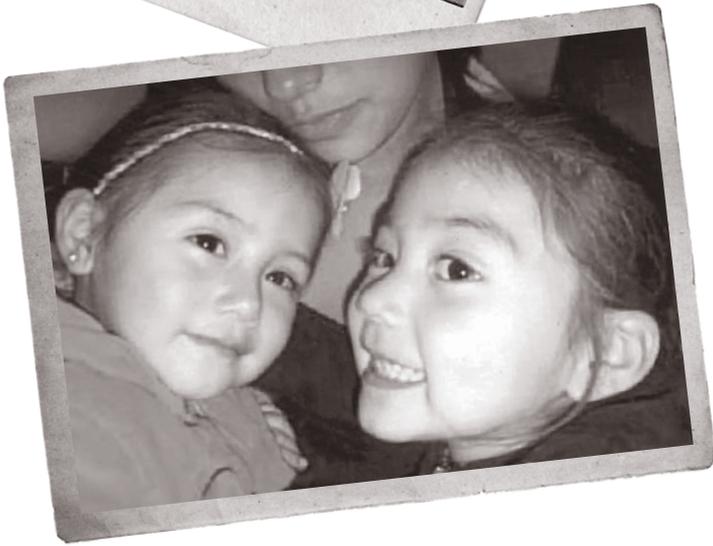
MIRIAM: Había momentos en los que nos reuníamos mis dos hermanas y yo, así, en el sofá y decíamos puras simplezas, pero la pasábamos muy bien; empezábamos a platicar babosadas y a reírnos. Eso se extraña,

ella era muy escandalosa. Yo soy callada e Isis, mi otra hermana, es aún más callada. Xóchitl no, ella era extrovertida, no para sacar sus sentimientos, sino para llamar la atención. No pasaba desapercibida.

ESPERANZA: Maldosa. Me acuerdo cuando les depilaba las cejas a los muchachos...

MIRIAM: Era traviesa... su mirada era fuerte... le gustaba silbar. Era un tanto bromista. Pícara, sería la palabra, y también era coqueta.

ESPERANZA: De repente me decía que quería pintarme el pelo. Yo lo dudaba, pero ella me convencía diciendo que la belleza cuesta. Se arreglaba muchísimo, hasta el menor de los detalles. También tenía una voz muy bonita, suave y cariñosa. Cada que me abrazada me decía que me quería mucho. Tengo miedo de que se me olvide su voz, porque sus facciones no, tengo las fotos, pero el sonido de su voz, ese sí temo olvidarlo. Tiene unos ojos muy grandes, una mirada bonita. Sólo cuando estaba enojada se le notaba el rencor en sus ojos. Sus ojos grandes y su porte la convertían en una de esas chamacas que llama la atención.



Hola mamá:

Han pasado como siete años desde que no te veo, desde que conocí a la mayoría de la familia. Nicolle se volvió muy hiperactiva y enojona, Brenda creció un poco pero se sigue comportando como una niña caprichosa, tiene tu mismo carácter y fuerza. Tus hermanas nos intentan criar como sus hijas y tu mamá se preocupa mucho por nosotras. A veces creo que nos consiente demasiado sobre todo a mis hermanas, les aguanta todos sus berrinches. Brenda está en prepa. Nicolle en primaria, en tercer grado.

Yo estoy en secundaria, pase a segundo año. Nicolle es bastante lista. Todas mis hermanas y mis tías están muy tristes; aunque no lo demuestren, así es. Ojalá estuvieras aquí, nos animarías un poco.

Me compraron una guitarra por mi cumpleaños número 13. Mi tía Miriam nos cuida como si fuéramos sus hijos, aunque le resulta difícil por su trabajo. Mi tía Isis me regaló un gato que se llamaba Oliver y me ayudaba a no estar triste, pero cuando lo perdí me dolió mucho. Ahora lo que me ayuda es la música o escribir canciones.

Bueno, te quiero mucho mamá.

Alizee







Martín Aguilar Guevara
Desaparición: 10-11-2016
Mesa de Guadalupe, Alto
Lucero, Veracruz

**“Hermano, que te lleve de la
mano el ángel que te cuida...”**



Guillermo Muñoz Roa
Desaparición: 16-11-2011
Xalapa, Veracruz

**“Una mirada al interior de mi
alma es donde te busco”**



Ivonne Amador Espiritu
Desaparición: 14-10-2011
Xalapa, Veracruz

“Sigo buscándolas”



Iriana Yset Luna Espiritu
Desaparición: 14-10-2011
Xalapa, Veracruz

“Hasta encontrarlas...”



Xóchitl Celeste Castañeda
Hernández
Desaparición: 5-02-2013
Xalapa, Veracruz

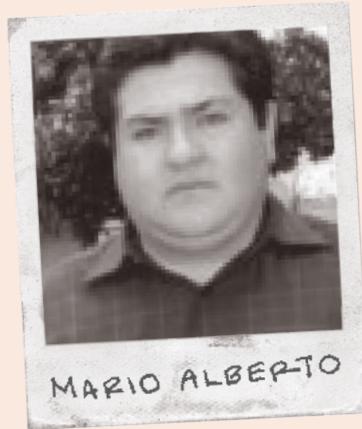
**“Mi amor no parará hasta
encontrarte”**



Cirilo Manolo de Ocampo Contreras

Desaparición: 4•05•2010
Xalapa, Veracruz

“Hijos, los esperaré toda la vida”



Mario Alberto de Ocampo Contreras

Desaparición: 4•05•2010
Xalapa, Veracruz

“En mi corazón están, pero ya quiero verlos”



Marco Ernesto Hernández Ortiz

Desaparición: 22•10•2017
Chiltoyac, Xalapa, Veracruz

“Hijo, para mi eres muy especial y de gran corazón. Diario espero por ti”



Rafael Espinosa Gutiérrez

Desaparición: 15•08•2013
Xalapa, Veracruz

“Te amamos, por eso te buscamos”



Aristeo Hernández Facundo

Desaparición: 16•11•2011
Xalapa, Veracruz

“Aún perdura el vacío que nos dejó tu ausencia”



Margarito Díaz Fuentes
Desaparición: 15-10-2011
Coatepec, Veracruz

“Hasta encontrarte papito...”



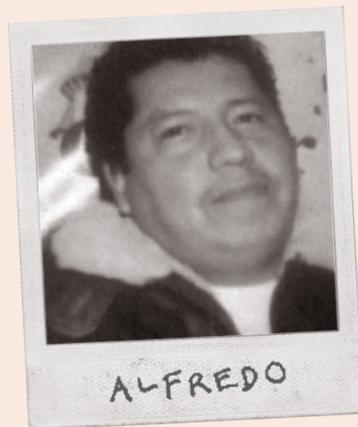
Jorge Barrera Fernandez
Desaparición: 14-10-2011
Xalapa, Veracruz

“Aquí te espera tu princesa,
Papá, te amo infinitamente”



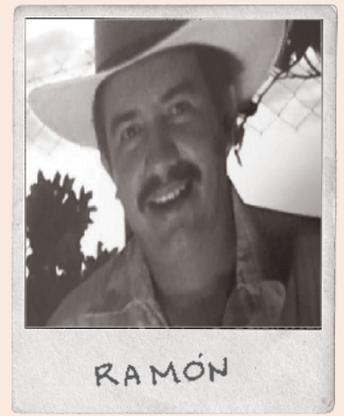
Soledad Castillo Montero
Desaparición: 4-05-2010
Coatepec, Veracruz

“Madre lo que más anhele es
encontrarte, abrazarte. Te
seguiré esperando aunque yo
muera”



Alfredo Hernández Abaroa
Desaparición: 26-08-2016
Veracruz, Veracruz.

“Te necesito hijo, regresa pronto”



Ramón Molina Hernández,
Desaparición: 03-05-2014
Vega de Alatorre, Veracruz

“No te olvidamos, te buscamos”



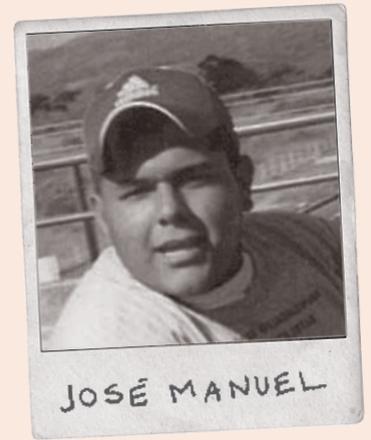
Blanca Rubí Cedeño Carmona
Desaparición: 25-05-2019
Banderilla, Veracruz

“Hija, te sigo esperando con todo mi amor”



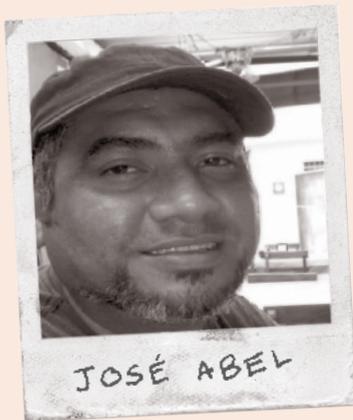
Rubí Hernández Hernández
Desaparición: 10-04-2020
Xalapa, Veracruz

“Te seguimos esperando con mucho amor y nuestros brazos abiertos”



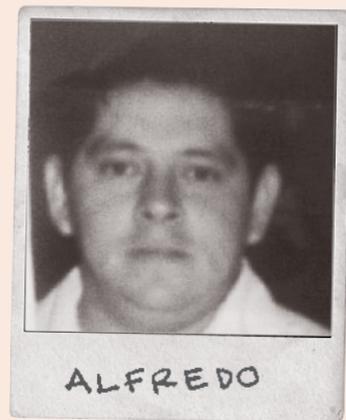
José Manuel Hernández Ortiz
Desaparición: 26-11-2013
Actopan, Veracruz

“Papá, me haces falta, te quiero...”



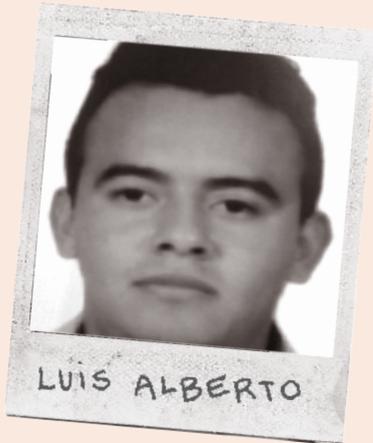
José Abel Durán Prieto
Desaparición: 22-06-2015
Alvarado, Veracruz

“No perdemos la esperanza de encontrarte”



Alfredo Tlaxcalteco Calte
Desaparición: 3-02-2010
Xalapa, Veracruz

“Hijo, te sigo esperando con los brazos abiertos”



LUIS ALBERTO

Luis Alberto Torres Castillo
Desaparición: 14-10-2011
Xalapa, Veracruz

“Pasarán diez, cien o mil años: siempre estarás en nuestros corazones. Nunca te olvidaremos”



LUIS FERMÍN

Luis Fermín Arroyo Ruiz
Desaparecido: 8-01-2018
Veracruz, Veracruz

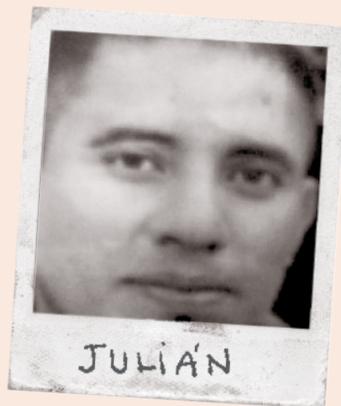
“Hijo mío, te sigo esperando recuerda que te amo. Tu mami”



EMMANUEL

José Emmanuel Mar Ibarra
Desaparición: 8-06-2012
Carretera Matamoros-Naranjos-Veracruz

“A pesar del tiempo transcurrido, la fe por encontrarte permanece latente en todos los que te amamos...”



JULIÁN

Julián Rosado Domínguez
Desaparición: 26-11-2013
Actopan, Veracruz

“Yo te sigo esperando, acuerdate que aquí, está tu mamá que te quiere y ama...”



JOSÉ MIGUEL

José Miguel Ángel Rodríguez Hernández
Desaparición: 18-02-2016
Veracruz, Veracruz

“No te desespere, te estamos buscando y tenemos fe en que te encontraremos”



Jorge Daniel Sierra Arriola
Desaparición: 17-08-2010
Xalapa, Veracruz

“Hermano recuerda que te amo y siempre te amaré”



Llexy Karen Sánchez Gonzalez
Desaparición: 03-05-2011
Xalapa, Veracruz

“Día y noche espero tu regreso, te esperamos con mucho amor, regresa”



Guillermo Quijano Marín
Desaparición: 22-06-2012
Tlapacoyan, Veracruz

“Siempre te amaremos en la eternidad”



Fausto Luis Rosas Sayago
Desaparición: 3-12-2011
Xalapa, Veracruz

“Por siempre nuestro amor vivirá con tu recuerdo”







Rafael Espinosa Gutiérrez

Lilia Aguilar Cárcamo (compañera de vida),
Roberto Tomasichi Gutiérrez (primo hermano),
y María Elena Gutiérrez Domínguez (tía)

Rosalía Gutiérrez Domínguez no puede escribir la historia de su hijo porque actualmente no es consciente de que Rafa ya no está, ni de cómo era Rafa de pequeño. Y no es porque no quiera. Hubo un tiempo en el que su mente guardaba las imágenes, los recuerdos y vivencias de él; pero su memoria, en muy poco tiempo, se fue enredando con el sufrimiento, con la increíble realidad de que su hijo estaba desaparecido. Entonces, sus recuerdos comenzaron a hacerse a un lado poco a poco, y su grito de **“fue el Estado”** empezó a olvidarse. Las exigencias a las autoridades sobre la verdad de lo que le ocurrió a su hijo disminuyeron su fuerza, su caminar en las marchas se volvió más débil y tembloroso, hasta que dejó de exigir, dejó de gritar. Ahora de vez en vez llora, diciendo asustada: “Ayer me dijeron que a mi hijo Rafa lo acaban de desaparecer”.



MARÍA ELENA: Rafa de niño era bien listo e inquieto. Tomaba siempre la iniciativa a pesar de ser el menor de dos hermanos. Recuerdo que cuando era muy pequeño, jaló el mantel de la mesa y se tiró encima una taza de té caliente, por lo que tuvieron que internarlo. Las travesuras eran lo suyo. En otra ocasión, Rafa y un primo se pusieron a pintar con pintura de aceite al cochino que estaba en el patio y que compartíamos con toda la familia. También quedó marca del pegamento color ámbar que ambos embarraron en los azulejos de la pared del baño de la abuelita. Debido a

que sus padres trabajaban, a Rafa y a su hermano los dejaban encerrados y se salieron por la ventana y se treparon al alero. Yo los acusé, y Rafita se enojó y me dejó de hablar como dos meses.

A Rafa le gustaba mucho nadar. Tomaba clases de natación en la Normal Veracruzana. Llegó a ser campeón como a los 9 o 10 años. Desde pequeño era una persona con un carácter fuerte que lograba lo que se proponía.

LILIA: Sí, le gustaba mucho competir y ganar. Eso lo hacía muy feliz. De grande, le daba felicidad que sus hijos sacaran buenas calificaciones o que ganaran en algo.

MARÍA ELENA: Muy joven, Rafa se sale de la casa de sus padres y se independiza. La prepa la hizo por su cuenta, él se mantuvo teniendo ya familia. Salió adelante por él mismo. Eso lo hacía sentirse muy orgulloso. Incluso estudió dos maestrías. En cosas de trabajo era muy apasionado.

LILIA: Por cierto, al principio quería ser arquitecto, pero como ya trabajaba en un juzgado, terminó por estudiar Derecho. Llegó a tener puestos altos en el Instituto Electoral del Estado, que después se hizo Tribunal Electoral. Su expectativa era llegar a ser magistrado. De hecho, desde muy joven cumplía con la mayoría de los requisitos (formación, experiencia), pero le faltaba la edad. En el trabajo, Rafa era cien por ciento institucional y enamorado de su carrera. Siempre vestía formal y era muy cuidadoso de su persona. Se veía frente al espejo y me preguntaba: “¿Me veo guapo?”. Era vanidoso.

MARÍA ELENA: Los fines de semana le gustaba pasear con la familia, convivir con ella. Le gustaba escuchar fuerte la música y compartir la comida con más gente. Con su papá era muy espléndido y trataba de complacerlo en todo. Era condescendiente con él, lo quería mucho. Su papá y él tenían una amistad muy estrecha. Siempre quería que su papá estuviera orgulloso de él; y a su vez, Loranca, su padre, también abogado, tenía a Rafa como su ídolo. A Charito, su madre, la quería, pero tenía una relación menos estrecha con ella. Con quien más se identificaba era con su padre, quien tenía un carácter más fuerte e impulsivo. A su hermano Toño también lo quería mucho.

LILIA: Rafa siempre fue muy amigüero. Tenía la facilidad de caerle bien a la gente. Era muy simpático y en muchas ocasiones hacía bromas pesadas. Poseía un espíritu crítico y un humor ácido, pero generalmen-

te la gente aceptaba sus bromas. Le gustaba el cotorreo con la familia y con los amigos. En las fiestas le gustaba bailar y convivir con los amigos. Disfrutaba la música. Rafa no era persona de problemas. Él era muy amigo, y de los que invitaba. Siempre invitaba él, a todo mundo, aunque después se quedara sin dinero. Y ahí andaba: “Gorda, préstame dinero, es que ya no traigo.” Y por eso mismo, a todos los amigos les gustaba andar con él. De hecho, una de las declaraciones de los compañeros del trabajo fue que ese día antes de que se fuera –y ya no se supiera de él– invitó tacos para todos. Todos cenaron en la oficina, porque, además, era de madrugada. Era así. Además, le encantaba su trabajo, que para él era lo máximo, lo más grandioso. Decía que era adicto al trabajo.

MARÍA ELENA: A Rafa le importaban mucho sus hijos, los apoyaba en todo lo que podía. Quería que todos ellos estuvieran bien. A Even, su hija mayor, la llevaba a la universidad. Le gustaba compartir tiempo con sus hijos. Yo creo que él, donde quiera que esté, debe sentirse tranquilo porque sus hijos lo quieren mucho, lo recuerdan por cosas muy buenas. No tienen malos recuerdos de su papá. Como padre, yo creo que era excelente, quería mucho a sus hijos. Los apapachaba mucho. El poco rato que estaba con ellos, era para ellos, completamente para ellos.

LILIA: Él siempre dijo que para sus hijos quería lo mejor. Y además se sentía muy orgulloso de ellos. O sea, para él, sus hijos eran lo máximo, lo mejor. Por eso es por lo que ellos lo sienten tanto: porque su papá les dio muchísimo amor mientras estuvo aquí. Y el no tenerlo, les causa mucho dolor y mucha tristeza. Porque mi hijo, muchas ocasiones, me dijo que si su papá estuviera, yo tendría tal o cual cosa, me diría tal o cual cosa. Y luego, también me pregunta: “Mamá, ¿qué pensaría mi papá si supiera que ahora estoy aquí en la Filarmónica? O, ¿qué pensaría mi papá si supiera que estoy haciendo tal o cual arreglo?”. O cualquier cosa de las que ellos van haciendo, en lo que van avanzando en su educación y demás. Cualquier logro pequeño que tienen se preguntan qué diría su papá, cómo se sentiría su papá.

Una vez, la mamá de un compañero de mis hijos me dijo que a ella y a su hijo, su papá también los había abandonado; se había ido con otra mujer. Yo le contesté que si se daba cuenta de lo que estaba diciendo, porque si bien dice usted que el señor se fue, aún así saben dónde está. Su hijo, el día que quiera, puede ir a verlo, hablarle por teléfono y saludarlo. Mis hijos no saben dónde está su papá. La persona que tiene su padre muer-

to sabe a dónde ir a llorarle, a platicarle lo que quiere. Tienen una tumba. Mis hijos no tienen ni eso. Esa es la diferencia. Es la diferencia de todas las personas que estamos pasando por esto.

Claro que entendemos que todos vamos a pasar por un proceso de duelo. Además, es comprensible, y uno toma la muerte como algo que tiene que pasar. Es un proceso natural. Que Dios en un momento así lo decida, ya sabemos que va a suceder. Y el hecho de poder despedirte, de poder ver el cuerpo de la persona y demás, todo eso te sirve. Pero el no saber qué pasó, es seguir teniendo los conflictos diarios acerca de si está vivo o está muerto, si hablar en pasado o en presente, si regresará o no. ¿Dónde está?

Compartimos 18 años, pues estuve con él desde que era estudiante. Él iba en la prepa. A mí me tocó apoyarlo cuando estaba estudiando la carrera. De repente, cuando tenía examen, me decía, a ver, ayúdame a estudiar. Él estudiaba derecho. Emmanuel, nuestro primer hijo, estaba así, recién nacido, cuando nos poníamos a estudiar Derecho romano. Y decía: “Pregúntame”. Y ya le preguntaba, y si me contestaba algo mal, yo le decía: “No, es que es esto o aquello”. Y me decía: “¿Por qué no vas tú a presentar los exámenes por mí? Se te queda más a ti que a mí”, dice entre risas. Estudiábamos juntos, nos apoyábamos.

Rafa tiene que estar tranquilo porque sus hijos lo quieren mucho, lo recuerdan bastante, y creo que hizo un buen papel como padre. Creo que ese es el mensaje para él. El único mensaje es ese, que esté tranquilo, y que aquí lo seguimos esperando y lo seguiremos esperando hasta el último momento de cada una de nuestras vidas. Que sí ha sido doloroso todo este proceso, pero que tenemos esperanzas de que él aparezca, y que aparezca bien. Y que además tenga la seguridad de que no va a haber reclamos ni nada. Yo creo que lo importante es que aparezca.



ROBERTO: Mi querido primo Rafa desapareció el 15 de agosto de 2013, han pasado casi siete años, y el dolor, los sueños y muchos recuerdos siguen presentes. Rafa era... es un tipo arrojado, inteligente, muy trabajador. Vivir con la ausencia por desaparición de un ser querido es uno de los do-

lores más profundos que existen. En mi familia, la incertidumbre de lo ocurrido nos dejó la eterna sensación de que algo quedó pendiente, a todos nos marcó.

Recuerdo muy bien un día que llegó a mi casa en Monterrey, cuando no tenía 18 años aún, pero para mi sorpresa ya llevaba algunos meses trabajando en una ciudad que no conocía. Él se sentía muy orgulloso de su decisión de salir de Xalapa. Hoy sé que ese tiempo en Monterrey, más allá de la aventura y el fútbol (vivió cerca del estadio Tecnológico y la pasión regia se le quedó) le forjó hacia el porvenir.

Cuando lo volví a ver varios años después, ya establecido nuevamente en Xalapa, era un tipo más inteligente, había terminado su carrera como abogado y ya trabajaba de lleno en su profesión. Se notaba lo contento que estaba entonces. Seguía siendo un apasionado del fútbol y era muy divertido, como siempre.

Unos meses antes de su desaparición, estando yo con mi familia de vacaciones en Xalapa, recuerdo que era Semana Santa del 2013, Rafa nos invitó a quedarnos en su casa. Esa sería la última vez que lo vimos. Era un anfitrión como pocos. Platicamos de todo, ese par de días, nos reímos como locos. Me platicó sus planes familiares, pero principalmente sus proyectos de trabajo. En esos dos días comprobé lo que ahora es el recuerdo que me quedó de mi queridísimo primo: un chavo inteligente que con 17 años tuvo el arrojo de tomar una decisión de vida que le permitiría, con el paso del tiempo, encontrar su camino y confirmar su pasión por el trabajo de abogado, camino interrumpido por una desgracia que sigue doliendo todos los días.



El rojo de nuestra bandera es de sangre

El rojo de nuestra bandera es de sangre,
lo has escuchado tú y lo he escuchado yo, desde chicos.
El verde es unión, el blanco esperanza y rojo de sangre.
Sangre de nuestros héroes patrios,
que no es vieja, que no se oxida con el tiempo.
Que, entre activistas asesinados, feminicidios, desapariciones,
fuegos cruzados y crímenes de odio, no ha dejado de estar vigente:
No soy enemigo de mi pueblo, pero sobre sangre se estampa mi pie.
Tú y yo caminamos entre muertos,
muertos sin voz, muertos de la sierra,
muertos del puerto, muertos del monte.
Muertos en tantas partes, que no puedo contarlos.
Caminamos entre ellos todos los días.
Camino entre lápidas sin nombre
mientras mi madre aclama a Dios con rosario en mano.
Escuchas "suicidios"; no fue un suicidio.
No estaba metido en "cosas malas".
Era un ciudadano, es nuestro mártir, héroe patrio,
que, al intentar luchar por la justicia,
un estado corrupto lo ha callado.
Pueblo, no seas cómplice. ¡Pueblo, desbanca al Estado!

Goretty Espinosa A.



Cinilo Manolo y Mario Alberto
de Ocampo Contreras

El mayor de mis hijos se llama Cirilo Manolo de Ocampo Contreras y el segundo Mario Alberto de Ocampo Contreras; mi nuera, Soledad Castillo Montero. A los tres se los llevaron el día 4 de mayo del 2010. Ellos se llevan tres años. Mi hijo Cirilo es de 1995 y Mario es de 1998. Eran muy diferentes. Los dos eran muy buenas personas, aunque distintos. A mis dos hijos los recuerdo desde que los traía en el vientre. Desde entonces me acuerdo de que les hablaba y les hablaba. Siempre los llevé a la iglesia, eran del coro. Cuando niños ya sabían que los domingos íbamos a misa y de ahí a comer, a donde nos llevaba mi esposo. Y después iban ellos solos, cuando ya estaban grandes. Cirilo y Mario Alberto eran muy trabajadores. Desde los seis años los dos trabajaban conmigo, porque pelábamos pollos y salíamos con cubetas a vender. Los dos eran muy trabajadores. Desde los 14 años, ellos ya se ganaban la vida como comerciantes.

Cirilo era muy enojón, todo le alteraba, hasta cuando estaba con sus niños. Su genio era fuerte. Mario Alberto, todo lo contrario: les hablaba en el oído a las niñas. A nosotros nos preguntaba: “Papá, mamá, ¿cómo amanecieron?”. Mario Alberto era un dulce. ¿Por qué tuvo que pagar así? ¿Por qué? Pues sólo Dios sabe. Sólo Dios sabe. A Cirilo le gustaban los gallos, las carreras de caballos, la música de banda. Les gustaba cantar, a los dos. Mario Alberto era gordo y le gustaba mucho llevarnos a comer con él. Le gustaba mucho salir con la familia, ir a museos, que las niñas conocieran lugares. Por ejemplo, le gustaba llevarnos al acuario de Veracruz.

Siempre trataba de andar con su familia. Tenía dos niñas: Edna Mary y la otra Mariom. Él quería un niño y ponerle su nombre, pero como las dos fueron niñas, a una le puso Mariom. A ella le fascina llamarse como su papá.

Mis dos hijos eran muy responsables en su trabajo. Como mi esposo estaba enfermo desde que me casé con él, mis hijos fueron los que nos levantaron. Desde muy chiquitos comenzaron con el comercio. Primero vendíamos pollo, tortillas, carnes frías por las casas, así, luchando como fuera. Luego comenzamos a vender licuados aquí en mi casa; los vendía con las maestras del jardín de niños, y también hacía comida. Yo he trabajado mucho. Ellos vivían aquí conmigo.

A mis dos hijos les gustaba mucho la carne, podría decir que eran adictos. Afortunadamente vendíamos, y todos los días había que comer; no como ahora que tengo que pensar qué podemos comer mañana. Me acuesto y me quedo viendo para arriba y le digo: Padre mío, ilumíname, ¿qué les hago de comer? Por la economía, que no anda bien. Mi nuera les da de comer un poco más saludable a sus niñas. Les da más verdurita y otras cosas, pero yo no. Yo les preparo picaditas, enchiladitas, chilaquiles. Ella me pide que les dé algo más nutritivo, pero no me alcanza, sólo para tortilla y con eso esperar que se llenen.

Cuando se llevaron a mis hijos, ya hacían casas para vender. Estudiaron hasta la prepa, ambos. Construían casas y vendían uno que otro carrito viejito. Se iban al tianguis y lo compraban, para después venderlo. Ellos tenían un lotecito de carros viejos.

Alberto es tierno, tranquilo, muy dulce. Percibo su olor en su niña mayor, tienen el mismo aroma. A él le gustaba también la música. Le gustaba la música de Juan Gabriel, del Buki. Se tomaba sus copitas aquí en la casa. Cantaban aquí con sus primos o con amigos, que conocían en la construcción. Con ellos, que eran quienes daban el capital para las casas, a veces se ponían a tomar unas copitas aquí, y cantaban y cantaban, eso me hacía muy feliz. ¡Tan feliz! Mis hijos no me trajeron problemas nunca. Nunca. No eran borrachos, les gustaba convivir los domingos, los sábados, pero no eran borrachos. Es que no sé cuánta maldad hay en este mundo que no pueden ver a una familia feliz, no la pueden ver, porque la destruyen.

Percibo el olor de Mario Alberto en su niña mayor. Huelen riquísimo, tienen un PH muy rico. Mario Alberto era güero y mi hijo Ciri apiñonado, su PH era diferente. Alberto no era tan alto, medía 1,75, y pesaba como 120

kilos. Lo escucho, escucho su voz. Voy a la cocina y como que escucho que dice: “Mamá, mamá”, y pienso, ¡ay! es mi hijo, pero pues no.

Con Cirilo es igual. No recuerdo su PH porque los dos niños no se parecen mucho a mi hijo. Él era también muy noble conmigo. Me abrazaba, y como estaba yo delgadita, me levantaba. Empecé a engordar de eso, de la desaparición. Se me destrabó mi tiroides, se me inflamó o quién sabe qué pasó. De hecho, ahorita me toca consulta. Empecé a engordar, pues me están tratando con hormonas. Eso me afectó mucho.

Mario Alberto se reía siempre a carcajadas y decía: “Con esta carcajada que me eché, se me quitaron 20 arrugas”, porque él amaba la vida; aunque presentía que iba a morir pronto, porque me decía: “Ay, mamá, te encargo a mis hijas. Las adoro, son mi vida, decía, y si yo faltó, tú las ves”. Pero si estás bien joven, le decía. Como que presentía que iba a morir joven. Mario Alberto vivía en nuestra casa y Cirilo alquilaba otra, por eso tengo más cosas que decir del primero. Con Cirilo convivíamos, venía diario a la casa a vernos y nos preguntaba cómo amanecemos; y luego los dos se iban al trabajo. Con el tiempo y la llegada de su familia, sus hijos y su mujer, íbamos nosotros a comer con ellos; andábamos siempre juntos. A mí me gustaba ver las carreras de caballos, y luego nos íbamos todos por ahí, de paseo.

Mario Alberto quería ser grande. Él una vez luchó y perdió dinero por quedar de presidente, de alcalde aquí en Dos Ríos. Él quería ser grande. Cirilo era menos de letras, se le complicaba más. La gestión de las casas la hacía Mario, mientras que Cirilo se adaptaba más con los albañiles, los apuraba, les decía que hicieran las cosas bien. Cada uno tenía su trabajo. Ellos querían crecer; el anhelo que tenían era hacer un edificio y rentarlo.

La fecha en la que desaparecieron mis hijos la conmemoro con mis lágrimas y oraciones, porque ese día jamás lo olvidaré hasta que vuelvan. Ese día hago oración con mis nietos. Es una fecha para la historia familiar. No puedo comprender ni explicar qué se siente en esos momentos en que te dicen que se los llevaron. Es dolor, coraje, reproche a Dios, porque hasta a Dios le echamos la culpa, ¿por qué mis hijos? Pero no, no hay ninguna explicación, las palabras salen sobrando.

El día de los cumpleaños de mis hijos los conmemoro pidiendo a Dios que me los devuelva, que mi corazón los reclama, y pues nada que celebrar... sólo pedir por ellos. Ese día lloro las 24 horas del día trayendo a mi

mente cada uno los momentos cuando estábamos juntos y éramos una familia unida. A donde iba uno, íbamos los ocho. Las personas en la colonia nos decían que éramos la familia ejemplar. Los domingos, todos a misa.

El Día de las Madres marchamos los colectivos de desaparecidos para honrar a nuestros hijos. Es una acción para nosotras, las madres que no tenemos a nuestros hijos, la hacemos en honor a ellos. Y es muy bonito, ahí todas las madres lloramos, gritamos y cantamos de puro dolor, porque como dice un dicho muy cierto: también de dolor se canta cuando llorar no se puede. Ese día nos viene a la mente el momento en que nacieron, su primer llanto, su primera sonrisa, cuando los amamanté por vez primera. En ocasiones, le pido a mis nietos que ya crecieron que me lleven al mirador, donde iba con Mario y Cirilo, o que me lleven al río donde iba con mis hijos. Ahí me siento en cada piedra donde ellos se sentaban; eso ayuda a sentirlos conmigo... Es muy difícil expresar semejante dolor.

Tengo las fotografías de mis hijos en un lugar muy especial: entrando a la casa están las fotos de los tres, de mis dos hijos y mi nuera, sobre una mesita, y otras en mi recámara, donde me persigno con ellos, como si fueran santos. Ese es el lugar más amado, más cuidado, más hermoso de mi casa. Y ellos duermen conmigo: sus fotos están a la derecha de mi cama, son mis ángeles. La ropa que aún guardo de ellos la quiero, la toco, la huelo y acaricio, la beso, siento que los voy a ver nuevamente. Cuando muestro las fotos de mis hijos en eventos públicos siento muchísimo dolor, pero a la vez me siento bien, porque tengo 67 años y discapacidad motriz, pero lucho para saber de ellos.

Desde que entré al grupo Buscando, me siento más arropada, al cien por ciento. Mi situación es menos penosa, me siento mejor. Con los de mi grupo me siento como en familia. Esta situación la compartimos todas. Todas nos condolemos de nuestros dolores. Antes del colectivo, yo estaba enterrada con mi dolor, pero ahora, aunque necesito moverme y todo, ya es bastante diferente. En mi colectivo hay solidaridad entre nosotras; de afuera no, nadie escarmienta en cabeza ajena. Como no les ha pasado, pues no saben lo que es este dolor.

Es muy difícil cuando son los cumpleaños de nuestros seres queridos. Muy difícil. Tenemos un chat entre todas las personas del colectivo. Nos decimos: “Cuánto lo siento, échale ganas, ya ves que estoy igual”, y pues es duro, pero vamos a salir adelante. Ahorita que están viendo esas

cosas (se refiere a las fosas clandestinas), yo no quiero ir sola, pero quiero ir a ver. Yo quisiera ir ahorita que van a sacar unos cráneos. Quiero ir a ver, pero no sé si voy a aguantar. No sé, pero tengo que ir a buscar, dice con la voz quebrada.



Aristeo Hernández Jacundo

Aristeo Hernández Facundo nació el 3 de septiembre de 1949 en Lomas de Tacamichapan, municipio de Jáltipan, Veracruz, en el seno de una familia humilde y numerosa; fue el tercero de un total de 12 integrantes. Su padre, Dámaso Hernández Pérez, campesino, y su madre, María Trinidad Facundo Vidal, ama de casa. De carácter apacible y de gran temple, se recuerda por ser obediente, bien portado e inteligente. Desde la infancia mostró amor por la escuela, se ensimismaba en la lectura. Colaboraba sin chistar en las labores del campo desde muy pequeño, lo que fue despertando a la sazón su amor al campo. Realizó sus estudios básicos y de nivel medio superior en distintas escuelas de la región, con notas de alumno destacado. Asistió a la Universidad Veracruzana en la Ciudad de Xalapa, Veracruz, donde alcanzó el título de licenciado Fisicomatemático, logrando esto con gran sacrificio económico. Su padre contaba que, en una ocasión, lo vio por sorpresa, sentado en el parque Juárez, cruzado de piernas, ¡exhibía los zapatos rotos! Aristeo vivió siempre agradecido del señor Mario Colomna, persona benefactora de Acayucan, quien mensualmente le daba una pequeña ayuda. Sus padres también contaban que en sus espacios vacacionales trabajaba para apoyarse, inclusive, que, para entrar a trabajar en una empresa de renombre de Jáltipan, cuando apenas contaba con 16 años, tuvo que falsificar su acta de nacimiento. Al concluir sus estudios profesionales ingresó al magisterio en la prepa Acayucan y al naciente CBTIS-48 en la misma ciudad, donde fue un mentor destacado según recuerdan sus pares y alumnos. Con un estilo único

que hacía ver las matemáticas de manera amigable, logró inspirar a sus pupilos, tal como lo recuerda Miguel Adolfo Cándido, quien a la postre se licenció en Matemáticas.

Aristeo fue maestro por vocación, que al jubilarse se retiró a su pequeña finca en la Isla de Tacamichapan para dar paso a una nueva etapa de su vida: el mundo del campo y la ganadería. Se dedicaba al cultivo de la palma de aceite y al mejoramiento del ganado vacuno en pequeña escala cuando fue desaparecido, dejando inconclusos sus proyectos y muchos sueños aún por realizar, mismos que confiaba a Romualdo y Eva, entre otros hermanos, que supieron convivir estrechamente con él. Se casó con la xalapeña Margarita Aguilar Albarrán, de quien se separó después de convivir aproximadamente 15 años, y con quien procreó dos hijos varones: Erick y Juanito. Fue un padre responsable, quien nunca dejó de visitar a sus hijos de manera constante, apoyándoles en cada uno de sus proyectos individuales. Erick le dio dos nietos: Atzin y Yoltzin, mismos que eran la adoración del abuelo, en especial el mayor, Atzin. Al desaparecer estaba preocupado por la salud de su hijo Juanito.

Aristeo, hombre de izquierda, se distinguió por su lucha sindical y por su incursión en la política. En 1995 alcanzó la presidencia municipal de Jáltipan, apoyado por un grupo de compañeros maestros que recibían despectivamente el mote de “los maestrillos”, aludiendo a su mínima capacidad para incursionar en política, confesado esto por sus adversarios. El de Aristeo fue el primer gobierno de izquierda en Jáltipan, y no fue fácil sortear todas las barreras que el sistema oponía. Al mismo tiempo, los contrarios respetaban a Aristeo por ser un hombre culto, honesto, serio y congruente, sello con el cual gobernó su natal Jáltipan; municipio que Patricio Chirinos, gobernador del estado, ponía de ejemplo de buen gobierno. Presumía, el gobernador, de su tolerancia y pluralidad en sus múltiples visitas a este municipio sureño, al cual acudía para inaugurar distintas obras. Patricio Chirinos tuvo gran deferencia por Aristeo.

Gracias a la atinada administración municipal encabezada por Aristeo, Jáltipan gozó de dos administraciones más de izquierda. Aristeo luchó apoyando todo el tiempo al mejoramiento de su comunidad y del gremio magisterial. Al ser desaparecido era líder del Sindicato de Maestros Jubilados y Pensionados del SNTE. Entre otras cosas que realizó también destaca el curso *Arranque del Reactor Nuclear* que impartió en Laguna

Verde, Veracruz, donde recibió la acreditación de Ingeniero A, la más alta calificación; previo a jubilarse hizo la carrera de Ingeniero en Producción Agropecuaria en la Universidad Veracruzana.

Hombre alegre, positivo, inteligente, congruente, austero, honesto, capaz, buena persona, que supo cumplir, sin sobresaltos, la mayoría de sus proyectos. Le gustaba el deporte y en su momento practicó el fútbol, el beisbol, la natación y el *jogging*; los juegos de mesa, especialmente el ajedrez. Gran declamador y amante de la retórica, cuyos discursos elocuentes aún cimbran el vacío que nos deja su ausencia.



Margarito Díaz Fuentes

¡Hola, muy buenos días!

¡Sí, sí probando... 1, 2, 3, 4, ¡já sí...

¡Ya es hora, ya es hora de despertar!

Era una mañana de abril, papá se levantaba muy temprano para ir a trabajar, lo que más le gustaba hacer, era despertarnos como si estuviéramos conduciendo un programa de radio, Haza, mamá y yo nos levantábamos muy contentos y justo en ese momento empezaban las bromas y las risas, papá era muy alegre, a papá le gustaba bromear. Papá era el mayor de sus hermanos. Papá tenía dos camionetas, una roja y una gunda, en ellas a Haza y a mí nos enseñó a manejar. Papá siempre fue el tío sonriente y ocurrente. A papá lo querían mucho en su trabajo, tanto que yo sentía celos al ver que todos los días llegaba con obsequios de sus alumnas. Papá también nos enseñó a andar en bici y si nos caíamos él estaba ahí para levantarnos. Papá amaba jugar fútbol con nosotros, pero también odiaba las cosquillas. Papá nos amaba tanto que cuando mamá decía "no" él decía "sí". Papá tenía sueños y metas, la más grande, cuando era niño era tener un triciclo "Apache" sueño que no pudo cumplir porque el dinero era escaso, por eso un día le prometí que mi primer sueldo sería para regalarle uno. Papá no logró hacer muchas cosas, pero llegó a ser maestro y el mejor de todos. Papá era el rey de mi cuento y yo era su princesa, mamá la reina y Haza el príncipe. Papá es mi primer y único amor, papá es mi súper héroe, Papá es mi súper papá.

Josefette Diaz



Jorge Barrera Fernández

Hola papá, hoy me acordé de ti como todos los días recordé ese hombre fuerte, trabajador y sobre todo cariñoso con sus hijos, que daba todo por tener su familia con bien aunque él estuviera pasando mal siempre había una sonrisa que salía de ti. Sabes ya han pasado 9 años desde que te apartaron de nosotros y no hay día en que no recuerde todo absolutamente todo lo que hiciste por mí, gracias por sacarme adelante en mis operaciones por siempre luchar por mí y nunca darte por vencido que a pesar de que el mundo se te viniera encima siempre estabas ahí firme para mí, me decías que todo eso pasaría y pronto íbamos hacer muy felices, pero el tiempo tenía mucha razón empezaba la felicidad a tu lado cuando me llevas a la escuela y me regañas íbamos a comer a la casa de los abuelos, jugabas conmigo, me llevabas al parque y de ahí a mi casa. De ahí contaba los días para verte de nuevo darte un fuerte abrazo decirte lo mucho que te amo, y cuanto te extraño esos días me preguntabas como me había ido en la escuela, en mi casa y siempre me recordabas que yo era tu princesa que ante todo y todos yo estaba primero, de eso no tengo duda siempre tengo presente que diste todo por mi bienestar, y teneme contenta, para mí siempre serás mi príncipe azul, mi primer amor y el único incomparable el mejor papá del mundo.

Me siento dichosa de ser tu hija, llevar tu apellido porque no es nada fácil tener un padre tan encantador, como tú le doy gracias a dios por averme dado la dicha de que tu seas mi padre nunca me cansaré de decirte que te amo mucho y me haces tanta falta, Pero se que dios es grande y pronto te tendré de regreso papito chulo no hay día y noche que no le pida a dios por que te traiga de vuelta, te cuido donde quiero que te encuentres Pero sobre todo me de muchos fuerzas para yo poder encontrarte, Sentirme afortunada nuevamente de tenerte a mi lado y poder cumplirte la promesa a mi mamita cata de que estés de regreso como ella lo pidió.

Me despido con un hasta pronto mi príncipe, te amo mucho nunca me cansaré de darte gracias por todo lo que me ofreciste mientras estabas a mi lado aquí estaré esperandote hasta tu regreso con mucho amor y cariño tu princesa que te ama infinitamente.

Yurany Jocelyn
Barrera Sangabriel.



Mano Ernesto Hernández Ortiz

OYTI Z OYTI Z V I O I A tu mamá Aniceto Hernandez. L. ~~Unuall~~
Carta a mi querido hijo "Mi bebe" 19/08/202

Marco Ernesto

Querido hijo te escribo estas líneas y esperando que las puedas leer en algún momento, Querido hijo recuerdo que tu hijo mio tenias un sillón que yo le llamo gallo cuando comenzabas a dar tus primeros pasos de ahí paso el tiempo y fuíst crecien muy educado no fueste al Kinder entraste directo a la primaria seguiste así creciendo así como un buen niño educado y trabajador y obediente siempre promedio regular, en el campo te gustaba mucho ayudar a cortar cafe a sacar leña a limpiar los terreno en fin en todo, para mi eres muy especial y de un gran corazón terminaste la secundaria y decidiste aprender mecanic que por cierto lo aprendiste muy bien vecinos te buscaban para arreglar sus carros eres muy dedicado salias de tu trabajo a casa y de casa al trabajo no tenias malas palabra para nosotros tus padres, te gustaba trabajar de lo que fuera cuando no tenias trabajo en el taller de ayudante de albañil o de lo que fuera recuerdo que tenias una frase que decias. "trabajan las manos no el tiempo" recuerdo cuando comprašte tu cama despues tu guardaropa tu moto y hasta que por fin tu casa un logro mas de tu sudor y fruto de trabajo y un esfuerzo tan grande que claro con la ayuda de dios todo se puede es lo que yo siempre te decia. sabes para nosotros eres unico porque tienes muchas virtudes si siguiera escribiendo no me alcanzaria esta hoja para decirte tantas cosas que quisiera contarte estamos muy orgullosos de ti hijo por todos tus logros me respido de ti esperando algun dia tu respuesta Att. Tus Papas



Alfredo Hernández Abaroa

Querido hijo; no sabes cuánto te extraño sabes desde que no-
has vuelto te e buscado y no te encuentro te busco en-
los montes, en las montañas, en los bosques,
En las carreteras, Pero nada y por mas que pienso
donde Podre encontrarte no hay respuesta Por las noches,
no duermo pensando porque ya no llegaste a casa,
que te pudo haber pasado y donde estarás?
pero el silencio de la noche no me contesta,
todo es silencio; sólo el cantar de los grillos
se escuchan Dime hijo mio en que Falle para
mercer tanto dolor te acuerdas que en el año
que ya no regresaste todavía me pediste
que me Fuera a vivir con ustedes?

Imaginate que hubiera estado con ustedes me
hubieras dejado sola con tu mujer, mi amor
regresa, mira que ya mis pies están muy
cansados de caminar por caminos arroyos
y montes, te amamos te necesitamos y queremos
que estés de vuelta tus hermanas y yo tu madre
Rufina Abaroa Rodríguez tus hermanas
Fabiola y Karla Jessica Hernandez Abaroa

~~Rufina Abaroa~~



José Manuel Hernández Ortiz

Manuel, mi hijo, me haces falta y mucho.

Recuerdo cuando jugábamos los tres: tú, papá y yo. Ahora me río cuando recuerdo que, en los días de Reyes, año con año, siempre lo que te traían era una bolsita con carritos y soldados verdes; hasta que el último año te llegó lo mismo y los rompiste gritando ¡¡ya no los quiero, siempre lo mismo!! Y nosotros era lo único que podíamos darte.

En mis cumpleaños siempre me traías una rosa, aunque fuera una, pero siempre te acordabas. Ahora, en este cumpleaños, tu papá me regaló una canastita con rosas -por primera vez...pues nunca me había regalado nada-. Yo creo que fue por el recuerdo de tus rosas que me dabas.

Mi hijo, ¿recuerdas cuando nació tu hijo Jesús? Mi primer nieto, yo me sentí contenta, feliz. Y luego, luego, se hizo la familia, y ahora ellos tres: Jesús, Randy y Brandon son felices con nosotros, con tu papá y conmigo.

Recuerdo cuando ibas a pescar con tu papá, desde lejos oía las risas. Desde antes que entraran a la casa, yo ya sabía el contento que traían por la pesca. Ahorita lo digo: me haces mucha falta. Como dice tu hijo Brandon: "Papá, me haces falta, te quiero, me cuidabas. Si estuvieras aquí nos iríamos a pasear en tu moto".

Mi hijo Manuel, quiero que estés bien en donde andes. Mi mayor deseo es encontrarte algún día, saber de ti. Te quiero mucho, hijo, tu papá no deja de llorar y de decir que para nosotros no hay justicia,

Tu mamá, Mónica Ortiz Pérez



Luis Alberto Torres Castillo

Eduardo Torres Rivadeneyra (padre)
y Martha Castillo (madre)

Composición a un hijo desaparecido

Han pasado ya nueve años que no te vemos
-pero nunca te olvidaremos-
y pasarán diez, cien o mil años:
siempre estarás en nuestros corazones.
Nunca te olvidaremos.
Recuerdo tu nacimiento,
tu niñez, tu infancia, tus travesuras.
Nos quedamos con los recuerdos agradables
que tú nos hiciste vivir.
Tu madre y tu padre -la anciana que
piensa en el mañana-
desean que regreses muy pronto
a nuestro lado.
Cuando ya no estemos
-donde quiera que te encuentres-
da lo que sea nuestro a los niños.
Si necesitas llorar, llora
por quienes quedan a tu lado.

Abraza a cualquiera y dale
lo que necesitas darme.
Deseo dejarte algo mejor
que las palabras a los amigos.
El amor nunca muere, nosotros sí.
Por lo tanto, lo único que queda de mí
es amor, hijo míwo.
Dale, amor a quien lo necesite.
Si piensas en mí,
siempre estaremos a tu lado.
Lo que sembramos da lugar a un fruto,
pero siempre lo que sembramos deja de ser,
muere de algún modo,
para dar lugar a una vida nueva.
Quizá tengamos que morir cada día,
para renacer y resucitar cada día.

Familia Torres Castillo
Para nuestro hijo Luis Alberto



Juliaín Rosado Domínguez

Les comparto un poquito de cómo era mi hijo Julián cuando era chico, ya que ningún libro entero me alcanzaría para contar un poquito de él.

Julián desde chico demostró ser responsable, pero yo nunca tomé en cuenta eso. Ellos quedaron huérfanos de papá muy chicos.

El caso es que en mi mesa siempre había fruta de la temporada, pero yo no sabía quién la ponía. Y cuando mis cuatro hijos salieron a trabajar fuera, en mi mesa ya no había nada. Pensaba en quién era el que me ponía la fruta.

No lo sabía hasta que después de 12 años Julián regresó, volví a ver otra vez mi mesa como cuando él era niño. Entonces comprendí que era él quien ponía la fruta.

Tengo muy buenos recuerdos de mi hijo Julián. Como yo trabajaba, no me daba cuenta de que él ponía la fruta para que todos comiéramos.

Angélica Domínguez, mamá de Julián



José Miguel Ángel

Rodríguez Hernández

Carta a mi padre José Miguel Ángel Rodríguez Hernández
desaparecido el 18 de febrero del 2016 en el Puerto de
Veracruz.

Hola papá, quiero decirte que no te desesperes, te estamos
buscando y tenemos fe en que te encontraremos. Sé que te
destrozaron el corazón al igual que lo hicieron con el de nosotros
cuando te arrebataron tu libertad y cuando nos arrebataron
nuestra tranquilidad y lo más importante, cuando nos apagaron
gran parte de nuestro corazón. Déjame recordarte mis memorias
de lo que he pasado contigo, tal vez eso te haga feliz, así
como a mí me da felicidad, aunque también me invade la nostalgia
al recordar lo vivido contigo...

Recuerdo cuando de niño me cargabas en tus hombros y con orgullo
presumías de ser yo tu hijo...

Recuerdo cuando salí del kínder y te veía con orgullo; en mi
pensamiento te veía tan grande y tan imponente que quería ser con
tú de grande.

También recuerdo como nos llevabas a mi hermano y a mí a comprar
al súper y comprabas todo lo que pedíamos, a pesar de no necesitar
tantas cosas de cereal.

Recuerdo esa ida a la playa a mis 6 años, donde me compré
un inflable azul, ese mismo día que no me quise salir del mar...

Recuerdo esa ida al campo en esa cabaña a mis 12 años, donde
nos tomaron la foto en la que nos pusimos del más grande al más
pequeño (tú, mi hermano y yo), casualmente lo que sobesalía eran
nuestras estomagos Juju...

Recuerdo cada palabra de amor, los consejos y regaños que me
dabas cuando me portaba rebelde contigo.

¿Sabes? recuerdo como se te llenaban de lágrimas los ojos
cuando me platicabas de mi abuelo, y cuán arrepentido estabas de
no haber pasado más tiempo a su lado; creo que es lo mismo que
me pasa ahora cuando te recuerdo y cuando hablo de ti...

Papá recuerdo que cada 16 de mayo siempre tenía tu abrazo
y beso y tu felicitación y recuerdo tus palabras, que eran;
"te quiero mucho hijo, que Dios que tus pasas y te proteja toda
tu vida". Ahora te digo que estoy seguro que Dios me cuida y
jura mis pasos en todas las búsquedas que hemos emprendido desde
que te arrebataron de nosotros...

Padre quiero que sepas que recuerdo ese ultimo diciembre 24 del 2015 al rededor de las 2 y tantos de la madrugada cuando la nostalgia me enseñaste las fotos de tu niñez junto con tus hermanas y hermanas. Lamento no haberte dado mas tiempo, lamento no haber despedido de ti y darte ese ultimo abrazo que tanto anhelo hoy.

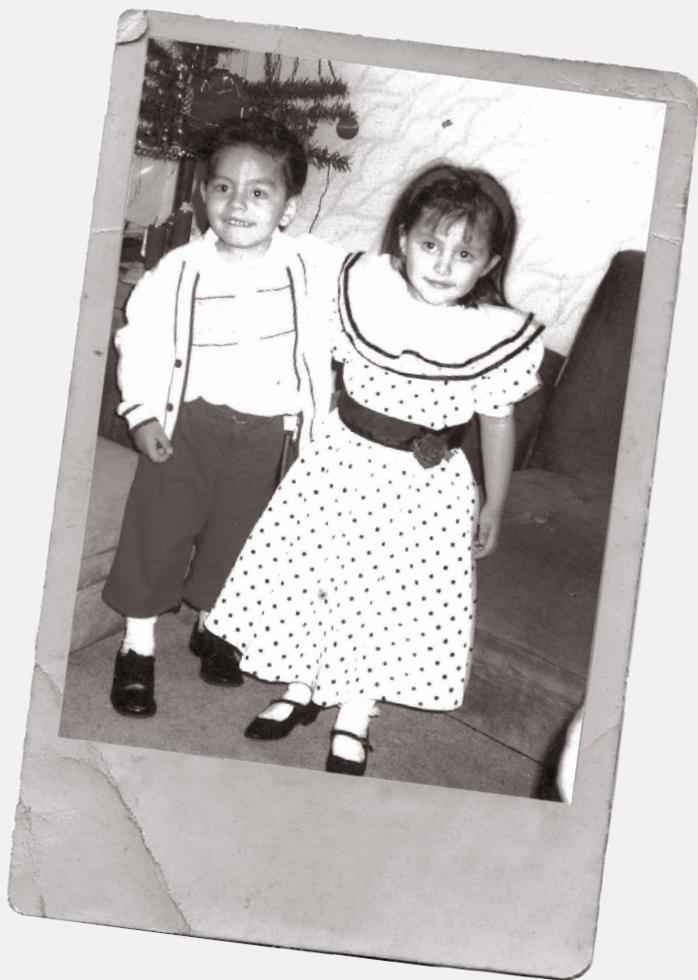
Pero dejame decirte que dentro de todo lo ocurrido a raíz de tu desaparición, encuentre una nueva familia, una familia que como mi madre, hermano y yo, también se dedica a buscar a nuestros familiares. Todos nosotros ponemos nuestro esfuerzo, nuestro sudor, nuestras lagrimas y solidaridad en encontrar a todos los que nos hacen falta.

Por último, quiero que sepas que tú siempre estas en nuestro corazón y que mientras yo viva, tú nunca desaparecerás; y mientras yo viva siempre gritare ¡Justicia para mi padre! ¡Justicia para el hijo desaparecido de la madre que hoy lo busca! ¡Justicia para la hija que aparte de arrebatarte la dignidad y la vida, la arrebataron de su familia! Justicia para ustedes padres, madres, hijos, hijas y familia del mismo dolor!

Te quiero mucho y te espero...

Atentamente

Tu hijo Victor Alberto Rodriguez Rodriguez.



Jorge Daniel Sierra Ameola

MI HERMANO JORGE DANIEL SIERRA ARRIOLA Y YO SIEMPRE ESTUVIMOS JUNTOS DESDE EL MOMENTO EN QUE NACIMOS, PUES SOMOS A LOS QUE DENOMINAN "CUATES", NACIMOS PRIMERO MI HERMANO, CON UN MINUTO DE DIFERENCIA. A PARTIR DE ESE MOMENTO NOS VOLVIMOS "INSEPARABLES", A SU LADO "TODO" ERA MÁS "DIVERSO" SIEMPRE CON UNA ACTITUD "POSITIVA" ANTE LAS COSAS, DÁNDOLES LOS MEJORES CONSEJOS TANTO A LA FAMILIA COMO A NUESTROS COMPAÑEROS DE ESCUELA Y AMIGOS, PREOCUPADO SIEMPRE POR AYUDAR A LOS DEMÁS. ES UN SER HUMANO MUY NOBLE. RECUERDO QUE CUANDO TENÍAMOS COMO 7 U 8 AÑOS DE EDAD ESTABAMOS EN EL PARQUE DE LOS "BERROS", CUANDO MI HERMANO VIÓ A UN SEÑOR MUY HUMILDE SENTADO EN EL PISO CON SU ROPA RASGADA, ESTABA EN UNA ESQUINA. LA PREOCUPACIÓN DE MI HERMANO FUE TAL, QUE LE PREGUNTÓ A MI MAMÁ QUE ERA LO QUE LE PASABA A ESE SEÑOR, MI MAMÁ LE EXPLICÓ LA SITUACIÓN EN LA QUE SE ENCONTRABA, ENTONCES MI HERMANO LE PIDIÓ A ELLA QUE LO AYUDÁRAMOS DE ALGUNA FORMA PARA QUE EL SEÑOR TUVIERA QUE COMER, POR LO QUE AL DÍA SIGUIENTE REGRESANDO AL PARQUE Y NOS PUSIMOS A VENDER PALOMITAS DE HARÍE A TODA LA GENTE QUE PASABA POR AHÍ, EXPLICÁNDOLES QUE ERA PARA EL SEÑOR QUE ESTABA SENTADO EN LA ESQUINA, POR LO QUE JUNTAMOS EL DINERO Y MI HERMANO SE LO ENTREGÓ AL SEÑOR, QUIEN AGM DECIÓ EL GESTO DE AQUEL NIÑO CON UN CORAZÓN DE ORO.

MI HERMANO Y YO TAMBIÉN COMPARTIMOS EL AMOR POR LOS ANIMALES Y LO SEGUIREMOS HACIENDO HASTA EL ÚLTIMO DE NUESTROS DÍAS.

DE LAS GRANDES DISFRUTÁBAMOS DE PASEAR EN POCOLTA CON NUESTROS AMIGOS. NOS SENTAMOS TAN A GUSTO QUE PARECÍA QUE EL TIEMPO SE DETENÍA.

TAMBIÉN COMPARTIAMOS EL MISMO GUSTO POR LA MÚSICA "ROMÁNTICA" Y JUNTOS NOS GUSTABA CANTAR EN EL KARAOKE. FINALMENTE, MI HERMANO JORGE DANIEL ES SIN DUDA MI MEJOR AMIGO, MI CONFIDENTE Y MI "TODO". POR TODO LO ANTERIOR, EL DÍA EN EL QUE NOS LO ARREBATARON, ESE "FÁTIDICO" DÍA SE LLEVARON LA MITAD DE MI VIDA Y DE MI ALMA. ANHELO ALGÚN DÍA REUNIRNOS DE NUEVO Y REVIVIR CADA ANÉCDOTA QUE AHORA PERMANECE EN MI MENTE Y EN MI CORAZÓN. HERMANO, RECUERDA QUE TE AMO Y SIEMPRE TE AMARÉ.

↳ TU HERMANA JESSICA ELSA SIERRA ARRIOLA.



Carmelo Cervantes de Anda

Carta a mi hijo Carmelo (Carmelín, te decíamos tu papá y yo, y a veces Pancraccio, por si no te gustaba tu nombre):

Mi vida, no te imaginas lo triste y devastada que estoy por tu ausencia. Y lo que más me angustia es la incertidumbre de no saber si te volveré a ver en esta vida. Eso sólo Dios lo sabe. Los últimos tiempos que vivimos tú y yo fueron muy dolorosos, por lo que sufrimos por el cáncer de tu padre. Todavía ni siquiera lo habíamos digerido cuando te arrebataron de mi vida. En aquel momento sólo quedábamos tú y yo. Teníamos proyectos. Yo sabía siempre de tu capacidad y tenía confianza en ti. Me gustaba mucho tu buen gusto, tu seguridad con que te manejabas. Tu carisma. Tu sonrisa. Te conocía mucha gente y también muchos te envidiaban desde que eras muy chico. Yo sabía que me entendías. Trataba de infundirte valores, esos valores que yo te dije muchas veces que no se compraban y que todo lo material era superficial.

Siempre tuviste facilidad para todo lo que te proponías, y yo me gozaba en ti. ¿Te acuerdas? Eras muy inquieto. Te gustaba sobresalir, pero eso en ti era natural. Dios te dio muchos dones y capacidades que no a muchos les da. Resaltabas en lo que practicabas y pronto te aburrías: karate, natación, bicicleta de montaña, papel, kayak. Te gustaba mucho el deporte extremo. En la escuela siempre te escogían para representarlos en poesía, como director de homenajes, para bailes, etcétera. Hasta te escogieron un día para dirigir a la Orquesta Sinfónica de Xalapa. Y tú llegaste y me contaste muy contento cómo tocaba la Sinfónica cuando tú movías la batuta.

Yo te decía: por mí no te preocupes hijo, tú vuela muy alto, alcanza tus sueños. Y tú me contestabas: "Cuando estés viejita, yo te voy a cuidar, mamá, aunque tú no quieras. Te quiero mucho, mamá". Mi arquitecto: ya tenías el diseño de nuestra casa que construirías con mucha tecnología y modernismo, que admirabas de los grandes arquitectos de España.

Te tengo en mi mente y en mi corazón cada segundo de mi vida. Me he acercado más a Dios y es lo único que me da paz en mi corazón. Estoy segura y tengo la certeza de que, si ya no estás aquí, estás en un lugar más seguro donde nadie te puede hacer daño, en la casa de Dios. Y si sigues aquí, Dios es el único que te podrá regresar a mí. Deseo de todo corazón volver a abrazarte y sonreír contigo.

Cuando salgo y observo a las familias disfrutándose y adorando a sus nietos, me da mucha tristeza que yo no vea un futuro en mi vida. No te imaginas cuánto me duele tu ausencia. Cómo quisiera abrazarte y recuperar el tiempo perdido. Quisiera tenerte enfrente y pedirte perdón desde el fondo de mi alma.

Te amo precioso, pero quiero decírtelo frente a frente.

Tu mamá, Adela de Anda Paz

MEMORIA CONTRA EL OLVIDO

Grupo Buscando a Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas Veracruz

POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

TINTA PARA LA MEMORIA

Se terminó de imprimir en diciembre de 2020 en los talleres de Litográfica Pixel, S.A. de C.V. Emilio Carranza 229, col. San Andrés Tetepilco, alc. Iztapalapa, C.P. 09440. El tiraje consta de 1 000 ejemplares. Se imprimió sobre papel bond de 120 gramos. Para la composición tipográfica se utilizaron las fuentes Prospectus Pro y Freda Mono. Este libro se lee al derecho, al revés y viceversa.

MEMORIA CONTRA EL OLVIDO



MEMORIA CONTRA EL OLVIDO



Grupo Buscando a Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas Veracruz
POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA